

**Entre el consumo de lujo y el gusto popular:
Las salazones de la Iberia púnica y su romanización (siglos V-I a. C.).
Una perspectiva histórica y cultural**

Enrique García Vargas
Universidad de Sevilla

"Uno no puede entender las costumbres culturales a menos que la "cultura", en su acepción más restringida y normativa, sea convertida en la "cultura" en sentido antropológico, y el gusto sofisticado por los objetos refinados sea vinculado de nuevo al gusto elemental por los sabores de la comida" (Bourdieu 1998)

1. Comida, mercado y distinción social

La diferenciación que hace P. Bourdieu, en la cita que encabeza este trabajo, entre cultura en sentido restringido o circunscrito y cultura en sentido antropológico (cf. Bueno, 1996) resulta de lo más pertinente de cara a un estudio sobre productos alimenticios como el que ensayaremos en las páginas que siguen. El primer sentido de la palabra cultura procede del concepto subjetivo y ciceroniano de *cultura animi* o instrucción del espíritu; el segundo, no es más que la objetivización de lo anterior que desemboca en la elaboración antropológica de la idea de *Kultur*, con la que Herder escribió las primeras líneas de ese inmenso capítulo de la historia del pensamiento filosófico que fue el Idealismo alemán. Y es que la cultura, tanto en la versión individual de Cicerón como en la colectiva de Herder, apunta siempre hacia un determinado sentido del gusto, en el que los juicios de clase de una elite ilustrada (*cultura sui*, *cultura animi*) suelen imponerse como forma objetiva del gusto (*das Kultur*) al resto de cuerpo social.

En lo que hace a la comida, y en particular al pescado, su papel económico en Occidente a lo largo de los años que van desde la emergencia del fenómeno urbano púnico hasta la romanización de la industria, no ha dejado de ser señalado en los últimos años desde perspectivas muy diversas. (López Castro, 1994, 1995; Frutos Reyes y Muñoz Vicente, 1994, 1996, 2004; Muñoz Vicente *et alii*, 1988; Muñoz Vicente y Frutos Reyes, 2004; García Vargas, 1997, 2001, 2004; García Vargas y Ferrer Albelda, 2001, 2005; Ferrer Albelda y García Vargas, 2001; Lagóstena Barrios, 1996a, 1996b, 2002; Niveau de Villedary *et alii*, 2003, Gutiérrez López, 2004). Nosotros queremos, siguiendo al menos en parte a Bourdieu, ensayar en este trabajo una perspectiva histórica y cultural concreta: la que considera la documentación relacionada con la producción y el consumo de las salazones de pescado occidentales como una evidencia de la extensión hacia capas cada vez más amplias de alimentos en principio considerados de lujo, y, en consecuencia, como un índice de desarrollos históricos ligados a la emergencia de los mercados impersonales y de los medios de pago basados en la moneda metálica (*contra* Gallant, 1985).

Hemos elegido una organización de tipo diacrónico de los contenidos de este trabajo, en el convencimiento de que es la que mejor conviene a lo que, de momento, no es más que un esquema del cual se desprenden líneas temáticas monográficas cuyo análisis no podemos abordar por cuestiones de espacio en este sede. La denominación de cada una de las secciones trata de señalar, sin embargo, que la contextualización histórica a que aludimos en el título no es una mera cuestión de diacronía y que la historia de las salazones hispanas antiguas no es un proceso lineal, gradual ni progresivo; se trata simplemente de que sus ritmos y formas de producción, distribución y consumo se relacionan siempre con fenómenos históricos concretos.

2. Atenas, la plata hispana y las salazones de pescado.

La consolidación a partir de las décadas centrales del siglo VI al menos de los sistemas comerciales basados en la moneda de plata es quizás el resultado más visible del paso que entonces se estaba produciendo en el Egeo desde una economía aristocrática, anclada en un concepto prestigioso del valor, hacia una economía política en la cual, aun estando presente y con fuerza el factor del prestigio, comenzaba a hacerse evidente el carácter cuantitativo y abstracto del valor ligado a la especie monetaria (cf.

Chic García y García Vargas, e. p.).

En este contexto, la gran expansión comercial ateniense posterior a la Paz de Calias con los persas (449 a. C.) puede relacionarse con el interés creciente de Atenas por acceder a fuentes variadas de plata, metal que complementó la producción de los yacimientos áticos en un momento de fuerte crecimiento de la actividad acuñadora en todo el Mediterráneo. La citada Paz de Calias estableció, tras un largo período de luchas agotadoras entre atenienses y persas, un *modus vivendi* que supuso la renuncia por ambas partes a intervenir en los asuntos del otro; en concreto, Atenas se comprometía a no intervenir en Chipre ni en Egipto, a cambio de lo cual los mercados persas (y con ellos todo Egipto) se abrían de nuevo a los griegos, que debieron volver entonces a su función de abastecedores de plata del mundo oriental regido desde Mesopotamia (Chic García y García Vargas, e. p.).

A pesar de que la opinión corriente tiende a enfatizar el papel del trigo y de otros alimentos en el comercio de productos atenienses hacia occidente, no parece descabellado relacionar la expansión de éstos productos que refleja la Arqueología con el interés de Atenas por las zonas metalíferas más importantes del Mediterráneo a partir de mediados del siglo V, tráficos en los que el trigo occidental debió desempeñar un papel secundario.

Es precisamente de este momento de mediados del siglo V a. C. cuando empiezan a fluir hacia la Península Ibérica en mayor cantidad los productos de los talleres cerámicos del Ática, en especial las cráteras de figuras rojas y las llamadas “*Castulo cups*”, cuya distribución en el valle del Segura y en el del Guadalquivir (Shefton, 1995) muestra una relación evidente entre ámbito de importaciones cerámicas atenienses, seguramente vehiculadas por ampuritanos y gaditanos, y zonas de expedición del mineral metálico de los grandes cotos mineros hispanos.

No debe dejar de señalarse el importantísimo papel desempeñado por *Gadir*, la vieja colonia tiria en el extremo Occidente del mundo entonces conocido, en este movimiento de metales y cerámicas de un extremo a otro del Mediterráneo. Las relaciones de la ciudad semita con los griegos de Ampurias parecen estrecharse precisamente hacia estas fechas de mediados del siglo V a. C., momento en el que arrancan las emisiones monetales ampuritanas y en el que las ánforas gaditanas de salazón del tipo 11.2.1.3 alcanzan en Ampurias porcentajes de presencia incluso superiores a los de las ánforas ibicencas contemporáneas del tipo 1.3.2.3 (Ramón Torres, 1995: 283).

El ritmo de la expansión de las exportaciones de pescado salado gadirita a lo largo de esta mitad del siglo puede seguirse al hilo de estas mismas ánforas cuya área de dispersión jalona la costa levantina ibérica, las islas Pitiusas, los litorales siciliano y magnogreco y el continente griego (Corinto y Olimpia). Una simple comparación *de visu* entre los mapas de dispersión mediterránea de las “*Castulo cups*” (Shefton, 1995: 136, fig. 3) y de las ánforas púnicas T. 11.2.1.3 (Ramón Torres, 1995: 651, fig. 285) muestra que las áreas de máxima densidad de ambos elementos arqueológicos se superponen a lo largo de las costas del Levante hispano, el golfo de León, la Italia tirrénica y las islas más importantes de los archipiélagos del Mediterráneo central y occidental. Las fechas de desaparición o enrarecimiento tanto de las copas de barniz negro atenienses como de las ánforas púnicas del Círculo del Estrecho resultan también coincidentes, en torno al decenio de transición entre las centurias V y IV a. C., fecha en la que, según Ramón (1995: 285), resulta evidente la decadencia del comercio exterior de los centros púnicos del Estrecho de Gibraltar.

Este período de prodigioso crecimiento de los intercambios en todo el Mediterráneo, pero especialmente en su extremo occidental, en torno al eje Ampurias-Ibiza-Cádiz, se relaciona, por tanto, con el incremento también constante de la plata en circulación, acuñada o no. Tal vez la evidencia más palpable de este fenómeno sea la reciente constatación de un aumento notable durante el siglo V a. C. de los niveles de contaminación atmosférica provocada por los gases emitidos en las labores de copelación de la galena argentífera, una parte de los cuales quedaron atrapados hasta nuestros días en los hielos árticos formados en aquel momento (Hong *et alii*, 1994: 1842, fig. 1A).

Las consecuencias de un aumento tan drástico de la riqueza en la transformación de las estructuras sociales no parecen haberse hecho esperar en el mundo griego, único para el que contamos con evidencias textuales abundantes. Los ecos de dicha transformación se remontan a la época de Solón de Atenas, en la que las luchas sociales entre la aristocracia terrateniente y las capas de la población enriquecidas por el comercio y la acumulación de capital llevaron a la elección de un aristócrata traficante con prestigio, el propio Solón, para que buscara una salida a la tensión existente. Tal salida no será otra que el reconocimiento al *demos* de la facultad de poseer tierras, con lo cual se sumará al cuerpo político toda una “clase” social enriquecida cuyo concepto cuantitativo y abstracto, crematístico en suma (Bresson, 2000: 292), del valor se añadirá a partir de entonces a la idea de valor propia de la vieja aristocracia, que se hallaba ligada al prestigio de los individuos y los grupos (Chic García y García Vargas, e. p.). De este modo, el comercio de prestigio basado en la guerra y el don comenzaría a convivir a partir de la reforma de Solón con un tráfico materializado en el mercado impersonal que pretendía la

mera acumulación de riqueza. Este es el trasfondo, seguramente, de la vieja tradición ateniense que atribuía a Solón la invención de la moneda (Aristóteles, *Constitución de Atenas*, 10. 1-2).

No resultará casual, por ello, que, a lo largo de los dos siglos siguientes la comedia ateniense sea tan rica en referencias a los aristócratas que gastaban en el ágora las riquezas procedentes de sus rentas y sus tráfico como una manera de hacer patente su superioridad económica, como medio de distinción social e incluso como señal de sus ansias de poder político (cf. Davidson, 1993). Tampoco es extraño que estos individuos, caracterizados a menudo como opsófagos (Aristof., *Pax*, 810, cf. *opsophagía* en Athen. 668a), personas dominadas por la gula y el exceso en la comida (Davidson, 1993; 1997), se encontrasen siempre interesados en la adquisición de peces preciados o exóticos (Davidson, 1995) o bien de salazones de lujo (García Vargas, 2001).

Si la expansión de los productos de los saladeros ibéricos y púnicos hacia la Grecia continental refleja un cambio sustancial en las formas de “distinción” gastronómica provocado por la afluencia de medios de pago (de *parousía* o producto “supérfluo” califica Polibio la salazón de Bizancio que alcanzaba el continente griego: *Hist.*, 4.38.4-5), no menos importante parece haber sido la incidencia de este mismo fenómeno en los patrones de consumo de las clases populares: un pasaje de los *Acarnienses* de Aristófanes (978) nos muestra a un soldado que parte hacia el frente llevando como ración de alimento un trozo de pescado salado envuelto en una hoja de higuera.

El papel creciente de los salazones en la dieta de las gentes corrientes aparece, pues, como una consecuencia más de la revolución gastronómica introducida por la expansión de las formas sociales asociadas a la economía monetaria, el individualismo económico y la mentalidad crematística a él asociada. Una consecuencia distinta del mismo fenómeno parece haber sido, al menos en Atenas, la generalización a partir del siglo V a. C. del consumo del trigo, frente a la cebada tradicional (Amouretti, 1985) El dato no carece de interés, sobre todo si se considera que este trigo procedía, como la salazón de lujo, fundamentalmente del Mar Negro y de Occidente.

3. Cartago, Cádiz y los atunes.

La derrota de Atenas frente a su rival Esparta (tal vez reflejada en un momentáneo vacío de importaciones cerámicas áticas a Occidente, que no se reiniciarán hasta la constitución de la segunda liga ateniense, hacia 380/70 a. C.), coincide con el inicio de la expansión cartaginesa, una expansión que llevaría a los fenicios de África a enfrentarse en Sicilia con los griegos de Siracusa (410-390 a. C.). Es precisamente en este contexto bélico en el que los cartagineses emitieron moneda de plata por primera vez (406 a. C.), haciéndolo no en la metrópolis, sino en la misma Sicilia, como parece indicar la leyenda monetaria *mmhnt* traducida habitualmente como *campamento* o *ejército* (Marot, 1993: 13).

Pero el uso de la moneda entre los cartagineses, precisamente por su carácter militar fundamental, no puede ocultar que en esta época el “sector exterior” de la economía de las ciudades semitas operaba aún en términos de garantías reales y no de unidades de cuenta en forma de moneda, lo que permitió, por ejemplo, a Aristóteles (*Pol.* 3.9.6) proponer el comercio institucional entre etruscos y cartagineses como ejemplo de un tráfico moralmente aceptable por oposición al ansia de riqueza (crematística) introducida entre los griegos por el empleo de la moneda de plata (Bresson, 2000: 288ss.).

En un mundo dominado por el comercio administrado o administrativo (cf. Polanyi *et alii*, 1957), que no excluye sin embargo el enriquecimiento individual, las relaciones entre ciudades, a partir de puertos de comercio o emporios previamente determinados, parecen dar paso en el siglo IV a. C. a un mundo en el que la “regionalización” de los intercambios se convierte en la norma y en el que las potencias se reparten entre sí las áreas “comerciales” sobre las que ejercen su control o su tutela sobre la base de un suministro garantizado de metales “amonedables”.

A partir de mediados del siglo IV a. C., esto es, tras la firma del segundo tratado romano-cartagines (348 a. C.. *Pol. Hist.*, 2.23-24.) que garantizaba a Cartago el control de la fachada meridional de la Península Ibérica, la presencia de Cartago en las costas mediterráneas y atlánticas peninsulares parece intensificarse notablemente, coincidiendo además con el definitivo declive de las exportaciones áticas tanto en la alta como en la baja Andalucía. La cantidad de ánforas púnicas del Mediterráneo central, especialmente del eje Sicilia occidental-Túnez, aumenta durante el siglo IV a. C. en números absolutos y relativos en los yacimientos ibéricos (Ramón Torres, 1995: 287) y se experimenta además una cierta influencia morfológica del repertorio anfórico cartaginés (sobre todo del ibicenco) sobre el occidental (García Vargas, 1998; cf. Sáez *et alii*, 2004).

Las recientes excavaciones del taller de Villa Maruja en San Fernando (Bernal Casasola *et alii*, 2003: 49-101), nos han puesto frente a la primera evidencia arqueológica acerca de la importancia de la producción anfórica gadirita a lo largo del siglo IV y la primera mitad del III a. C., en un momento en el que la morfología de los recipientes está dominada por los tipos derivados de las T. 11.2.1.3., en especial la T. 12.1.1.1, y por las ánforas cilíndricas del ya citado tipo 8.2.1.1. Ambos tipos parecen haberse

dedicado mayoritariamente al transporte de conservas de pescado, cuyos centros de producción se ubican en el litoral peninsular correspondiente al término del Puerto de Santa María, así como en el istmo de Cádiz (Frutos Reyes *et alii*, 1988, Ruiz Gil, 1987, 1991, Frutos Reyes y Muñoz Vicente, 1994, 1996; Muñoz Vicente *et alii*, 1988; García Vargas, 2001; García Vargas y Ferrer Albelda, 2001, 2005; Gutiérrez López, 2004).

Las cronologías de estos saladeros de pescado púnicos gaditanos abarcan un largo período de tiempo entre los siglos V y III a. C., en el caso de los portuenses, y entre los siglos V y I a. C., en el caso de los gaditanos, si bien la identificación de estos últimos como tales saladeros de pescado ha sido recientemente cuestionada (Niveau de Villadery Mariñas, 2003). Se ha propuesto (Frutos Reyes y Muñoz Vicente, 1996: 136-37) un desarrollo cronológico diferente para ambos grupos de factorías, con un período de actividad ininterrumpido a lo largo de los siglos V-III a. C. para la de Las Redes, en el Puerto de Santa María, fecha que coincide con las atribuidas al cercano establecimiento de Puerto 19 (Gutiérrez López, 2004: 246), y un momento de “crisis” productiva para las insulares, que no volverían a funcionar a pleno rendimiento de nuevo hasta el último tercio del siglo III a. C. (Frutos Reyes y Muñoz Vicente, 1996: 136-37). Este último hecho puede responder a desarrollos específicos en el ámbito insular gaditano, tanto como a las dificultades de interpretación de un registro arqueológico limitado a fosas de desecho y suelos de habitación que han sido relacionados por otros investigadores con un ambiente funerario (Niveau de Villadery, 2001).

El siglo IV puede considerarse también como un momento importante en la expansión de las actividades relacionadas con la pesca en la costa occidental andaluza más allá del ámbito geográfico estrictamente gaditano. La excavación hace ya algunas décadas del yacimiento de La Tiñosa, en la costa de la localidad onubense de Lepe (Belén Deamos y Fernández Miranda, 1978), documentó evidencias de actividad pesquera y conservera en el siglo IV a. C., fecha que coincide con la de los repertorios anfóricos publicados del lugar, entre los que destacan los tipos T-8.1.1.2, T-8.2.1.1 y T-12.1.1.1.

La aparición de centros pesqueros como La Tiñosa, o de poblados de pescadores como el de Aljaraque, en Huelva (Luzón Nogué y Ruiz Mata, 1969-1970) que la investigación suele denominar turdetanos por su ubicación geográfica, pero que probablemente corresponden a centros púnicos o muy punicizados del litoral atlántico ibérico, coincide con un período de expansión atlántica de las conservas de gaditanas a base de pescado. En Castro Marim, en las bocas del Guadiana, ya en territorio actualmente portugués, se observa una cierta reactivación del comercio púnico, con la introducción de productos cerámicos comunes del Magreb y de Ibiza, en una zona hasta entonces dominada por las importaciones áticas que hacia 350 a. C. tienden a desaparecer (Arruda, 2000). No carece de interés al respecto el dato de que el *oppidum* de Castro Marim se encuentra ubicado en la desembocadura del Guadiana, una zona para cuyas ciudades se ha propuesto un importante papel en la salida hacia el mar del mineral metálico procedente de la zona de Mértola (*Mirtilis*) ya en época republicana (Chaves Tristán y García Vargas, 1994).

También en el siglo IV se fechan las primeras evidencias propuestas para el inicio de las actividades pesqueras y conserveras en la costa mediterránea, concretamente en Almuñécar (*Sexi*: Molina *et alii*, 1987); se detecta también por estas fechas la reestructuración y potenciación (¿por parte cartaginesa?) del poblamiento en el área del Estrecho de Gibraltar, donde hacia la mitad del siglo IV a. C. se funda *Carteia* (cf. Últimamente Roldán Gómez *et alii*, 2003: 187), una ciudad que controlará durante siglos la navegación en el Estrecho y cuyas comunicaciones terrestres son fáciles con la zona minera de Sierra Morena (Sillières, 2003). Algunos autores (Chic García, 2000: 152) ven en la actuación cartaginesa, el motor de la urbanización y del desarrollo económico en regiones enteras como el valle del Guadalquivir, aunque es posible que la influencia de Cartago sobre *Gadir* y su área de influencia, si bien se hacía notar desde mitad de siglo al menos, no se intensifica considerablemente hasta fines de esta misma centuria.

La reciente publicación de los hallazgos monetales púnicos del yacimiento de “El Gandul”, en Alcalá de Guadaíra, muy cerca de Sevilla (Pliego Vázquez, 2004a y b), parece demostrar que la influencia cartaginesa en el interior de la Turdetania comenzaba a generar hacia fines del siglo IV o, mejor, principios del III a. C. un cierto movimiento de moneda. Recientemente, E. Ferrer Albelda (e. p.) ha visto en este numerario de bronce cartaginés, mayoritariamente acuñado en Cerdeña, y al que habría que sumar los hallazgos similares en tipología y frecuencia de aparición de Fuentes de Andalucía, no el resultado del reclutamiento de tropas indígenas con carácter mercenario, como en su día propuso R. Pliego (2003a y b), sino más bien la evidencia de una presencia militar efectiva de Cartago en el entorno de *Carmo* en el contexto de una intervención que justificaría la consideración por Polibio (*Hist.* 2.1.5-9) de las conquistas de Hamilcar Barca en *Iberia* como una recuperación para el dominio cartaginés de la Península Ibérica.

La falta de una recopilación sistemática de estas series siculo-púnicas que comienzan a abundar en el mercado coleccionista español nos impide saber, sin embargo, hasta qué punto su presencia en suelo

peninsular se debe a una lógica estrictamente militar o hasta qué punto refleja un incremento real de los intercambios monetales en la región. Ambas posibilidades no se contradicen desde luego entre sí, pero la consideración de la segunda, incluso en ausencia de plata amonedada, abre una interesante perspectiva a la idea de un avance sustancial desde el siglo III a. C. de las formas del mercado impersonal en los intercambios de la Iberia prerromana.

La fecha de estas series bronceas siculo-púnicas coincide con la propuesta para la emisión de los primeros divisores gadiritas, aunque la función exacta de estos últimos es aún materia de discusión. F. Chaves y nosotros mismos proponíamos en 1991 (Chaves Tristán y García Vargas, 1991: 158-160) una función relacionada con el pago de pequeños servicios, entre los que los trabajos relacionados con la confección y la distribución de las afamadas conservas gadiritas debieron desempeñar un papel importante. La presencia desde las primeras emisiones de una tipología basada en *Melqart* y el atún, luego extendida a toda el área de influencia cultural y comercial gaditana, puede ser un indicio en tal sentido, descontado el carácter religioso de las imágenes monetales, que no es contradictorio con el económico o que puede ser previo a éste último como acertadamente señala A. Arévalo (Arévalo González, 2004: 517-519).

Como sucedió en el siglo V, pero ahora de la mano, no de Atenas, cuyas minas del Laurion habían prácticamente cesado de producir plata en el último cuarto del siglo IV a. C., sino de Cartago, la monetización de los intercambios que siguió a la movilización de los recursos mineros del país, parece haber supuesto la base económica sobre la cual se revitalizó el tráfico de las salazones púnicas peninsulares. Los análisis de contaminación de plomo procedente de la copelación de la plata en los hielos de Groenlandia indican que hacia 266 a. C., el ritmo de la explotación minera en *Iberia* es, en efecto, notable (Rosman *et alii*, 1997: 3414-16). Unos años antes de estas fechas, la conquista del imperio persa, por Alejandro III habría tenido como consecuencia el acceso de los macedonios a los fabulosos tesoros orientales y el final definitivo de cualquier pretensión comercial cartaginesa en Oriente, cuyas minas y tesoros quedaban definitivamente cerrados para Cartago; ello los obligó tal vez, como defiende E. Ferrer (*supra*), a reconsiderar su posición en el extremo occidente del Mediterráneo, donde habrían sido los responsables de la reactivación de las labores mineras en torno a la metalurgia de la plata.

Es precisamente hacia 300 a. C. cuando el reino Egipcio de los Ptolomeos comienza a amonedar en un sistema metalúrgico distinto del ático: el rodio, acercándose con ello al patrón fenicio y al sistema comercial cartaginés. Tal vez sea una simple casualidad, pero lo cierto es que a lo largo del primer cuarto del siglo III a. C., y hasta 264, año 22 de Ptolomeo II, la ratio oro/plata se mantiene alta a favor de aquel metal, comenzando a encarecerse la plata a partir de este mismo año, que vendrá marcado en Egipto por la reforma del sistema de tasación y por el comienzo de la amonedación frecuente de divisores pesados de bronce ante la carencia general de plata para amonedar (Muhs, 2005: 35); este fenómeno coincide desde luego con el inicio del gran esfuerzo militar y financiero de Cartago que, precisamente desde 264 a. C., se encuentra empeñada en la primera de sus largas guerras con Roma. No en vano, las relaciones frecuentes entre Egipto y Cartago a lo largo del siglo III a. C. se han puesto en ocasiones en relación (Blázquez Martínez, 1992: 541-542; Frutos Reyes, 1991: 128) con la transmisión de los conocimientos técnicos necesarios para la reactivación de los filones mineros hispanos, donde los trabajos a cada vez de profundidad, más allá de las vetas oxidadas del gossan superficial, precisaban de mejoras tecnológicas en los sistemas de desagüe.

La abundancia de medios de pago en el Mediterráneo, favorecida por la amonedación de los tesoros persas capturados por Alejandro y por la intensificación de la actividad minera debió sin duda favorecer los tráficos comerciales, y entre ellos los de las salazones gaditanas en cuya distribución comercial se encontraban de algún modo implicados los propios cartagineses, según pone de manifiesto un pasaje del pseudoaristotélico *de mirabilis auscultationibus* (136), basado seguramente en Timeo y fechado en el siglo III a. C. Según *Mir.* 136, los gaditanos descendían en sus pesqueros hasta el banco pesquero canario-sahariano para capturar atunes atlánticos cuyo procesado industrial hacían ellos mismos, pero cuya explotación comercial corría totalmente de manos de los cartagineses.

Pocos datos más acerca del carácter de las capturas pesqueras aporta la ictiofauna correspondiente a los establecimientos de salazón hispanos contemporáneos del *De mirabilis auscultationibus*. Los restos de corvina (*Argyrosomus regius*) de Las Redes (Morales Muñoz y Roselló Izquierdo, 1990), en el puerto de Santa María, carecen de un contexto cronológico claro, aunque la factoría no parece haber comenzado a funcionar antes de 430 a. C., los de esqualo (*Isurus Oxyrryncus*, Rafinesque, 1810) de La Tiñosa (Belén Deamos y Fernández Miranda, 1978) corresponden a niveles del IV-III a. C. Poco o nada más. Es cierto, sin embargo, que estos restos continúan una tendencia documentada en las factorías y en los centros de consumo de pescado salado o en fresco hacia las especies de pescado de lujo, como el atún que menciona *Mir.* 136, desde al menos el siglo V a. C. (García Vargas y Ferrer Albelda, 2005; García Vargas *et alii*, e. p.), cuyo mercado pareció garantizado durante mucho tiempo por las costumbres lujosas de los opsóforos de un mundo cada vez más helenizado, de los

que en occidente la figura del siciliano Arquestrato de Gela (Wilkins y Hill, 1994) ha pervivido como arquetipo literario.

Evidencias acerca de este carácter de las salazones como mercancía de lujo pueden considerarse las noticias contenidas en los papiros de Zenón (hacia mediados del s. III a. C.), secretario de Apolonio quien fue *dioketes* de Ptolomeo II *Evergetes* de Egipto. *Pap. Cair. Zen.* 59012, una lista de mercancías recibidas como regalo por Apolonio y otros individuos de su entorno mencionan ánforas de *horaion*, *kybion* e *hyposgastrion* de atún (para estos productos puede verse García Vargas *ert alii*, e. p.) cuya valoración en dracmas (16) es sólo ligeramente inferior a las registradas en el mismo documento para el vino de Chios (18 dr.) o de Thasos (20 dr.) e idéntica (16 dr.) a la de un ánfora de miel ateniense. *Kybion* y *horaion* de atún aparecen también mencionados en una comedia de Alexis (s. IV a. C.) recogida por Ateneo hacia principios del s. III d. C. (*Athen. Deip.* 117e-f y 118a), a precios igualmente excesivos (García Vargas, 2004a: 407).

Aunque seguramente ninguna de las mercancías citadas en estas fuentes procedía del lejano Occidente, cuyos productos icticos podrían haber alcanzado no obstante, el Mediterráneo oriental de la mano de los cartagineses, las referencias citadas no dejen de ser útiles como punto de comparación para unas salazones ibéricas que al igual que los productos orientales se insertarían en un tráfico comercial de productos de lujo; como se ha visto para el siglo V a. C., el carácter cualitativo del prestigio asociado al consumo de pescados preciados se asocia ahora también, y con la mayor naturalidad, a la indicación cuantitativa en unidades de plata, referente absoluto de valor propio de la mentalidad crematística. Tal vez por ello, y como ya sucedió en la Atenas del siglo V a. C. (*supra*), la circulación de salazones de lujo cuya denominación de origen se asoció para siempre a la fortuna de *Gadir*, o más bien la circulación dineraria y monetar que la hizo posible, abrió un segundo circuito más modesto de calidades “populares” de salazón que probablemente no hubiera existido, al menos a nivel comercial, en ausencia de un mercado impersonal bien surtido de especies fraccionarias.

Una serie de contextos de consumo, tanto griegos como púnicos, exterior a la Península Ibérica, pero contemporáneo al segundo *floruit* de las conservas gaditanas en los años finales del siglo IV a. C. y, sobre todo, la primera mitad del III a. C. documentan la extensión en esta época de la salazón y comercialización de productos de calidad mediocre sobre la base de especies menores de pescado azul (Clupeiformes) o blanco (especialmente Espáridos). Ambos taxones se documentan en el interior de un ánfora de tipo masaliota del puerto de Marsella, en una fecha comprendida entre los siglos IV y III a. C. (Bertucci y otros, 1985); para las mismas fechas, en un contexto comercial (establecimiento de venta al por menor destruido por un incendio) de Olbia de Cerdeña, se constata la presencia de Espáridos (Delussu y Wilkens, 2000: 53-55) completos en el interior de ánforas sardas de tipología púnica (T.4.1.14), aunque en al menos un caso, el contenido se interpreta no como la carga original del ánfora, que no es olbiense, sino más bien como una reutilización (Cavaliere, 2000).

Estos contextos permiten plantear, en la línea de lo expuesto hasta aquí, cómo el incremento de las cantidades de plata en circulación en el mediterráneo occidental trajo como consecuencia una mejora general en las condiciones de vida de las poblaciones del Mediterráneo que supuso una nueva “democratización” del comercio y del consumo de las salazones hacia productos elaborados con especies menores cuya captura y procesado “industrial” fue sin duda mucho más fácil y, sobre todo, más “barata” que la de los grandes túnidos u otros peces preciados asociados al consumo de lujo. Es posible que el nombre griego, *Mainake*, con el se conoció a la ciudad púnica de *Maenuba*, en la costa mediterránea malacitana, derive a partir de esta época, como sostiene González Blanco (1999), del nombre de un pez de pequeño tamaño, la *maena* o *maina*, cuyo nombre actual es chucla (*Spicara sp.*) y que sabemos por contextos romanos tardíos (Roselló Izquierdo, 1989) se empleó en ocasiones para elaborar salazones de pescado.

4. Roma contra Cartago: Gadir y las salazones de pescado en torno a la segunda guerra púnica

Los esfuerzos de Cartago por “recuperar” el dominio de la Península Ibérica (Polib., *Hist.* 2.1.5-9) tras el desembarco de Hamilcar Barca en Iberia en 237 a. C. se relacionan habitualmente con las necesidades de suministro de plata hacia Cartago tras la guerra púnica para pagar las contribuciones impuestas por los romanos, quienes habían arrebatado además a los cartagineses la posesión de Cerdeña (Dio Cass., 12.). Las fabulosas sumas de plata que según Plinio (33.97) rentaban a Aníbal las minas hispanas y la importancia de los trabajos mineros en la región con anterioridad a la conquista romana (Diod. 5.38) han sido enfatizados, no sin razón, por la tradición historiográfica española en diversas ocasiones (un resumen en Blázquez Martínez, 1992: 492ss.).

Una vez más, esta actividad minera y metalúrgica intensa coincide con un período de prosperidad económica y de relanzamiento de los tráficos comerciales en el sur de Hispania, que J. Ramón (1995: 190) ha caracterizado como un “renacimiento de las producciones anfóricas” en torno a los

tipos T.12.1.1.1., T.12.1.1.2., T.12.1.2.1., T.8.2.1.1., T.8.2.2.1., t. 9.1.1.1. y T.9.1.1.1.2. Este “renacimiento” de la producción anfórica gaditana, bien estudiado en el alfar de Torre Alta, en San Fernando (Sáez Romero, 2004), y que parece incluir la introducción de nuevos recursos tecnológicos como los hornos de “*praefurnium* escalonado” (Bernal Casasola *et alii*, 2004), ha sido relacionado con las mecánicas económicas generadas con la guerra (Ramón Torres, 1995: 190) y asociados directamente a las necesidades del suministro militar del bando Cartaginés (Sáez Romero, 2004: 709; Montero Fernández *et alii*, 2004: 414).

Aunque es probable que esta situación de prosperidad y renacimiento productivo sea extensible al período completo que media entre el desembarco bárquida en la Península (237 a. C.) y la salida de las tropas cartaginesas de la región tras su derrota por los romanos (206 a. C.), lo cierto es que no contamos apenas con datos procedentes de pecios (Ramón Torres, 1995: 289) que nos permitan conocer la composición de los cargamentos anfóricos sudhispanos y su relación con los repertorios detectados en los alfares del hinterland productivo gaditano. Aparte del notable incremento de la producción cerámica, no sólo en San Fernando, sino también en la propia isla de Cádiz (Ramón Torres, 2004: 71), tan sólo la estratigrafía de las factorías de salazón extramuros de Cádiz, cuya identificación como tales ha venido siendo cuestionada recientemente, aportan un cierto respaldo arqueológico a la idea del aumento de la productividad de las fábricas conserveras, si bien en el entorno del Castillo de Doña Blanca la imagen es justamente la inversa (Muñoz Vicente y Frutos Reyes, 2004), sin duda por razones de tipo coyuntural y estrictamente local que no deben considerarse un reflejo directo de la situación económica general.

Las estratigrafías de las fases tardopúnicas de las factorías de la plaza de Asdrúbal y de la avenida de Andalucía de Cádiz (Muñoz Vicente y Frutos Reyes, 2004: 137-38), al menos, presentan elementos estructurales similares a los documentados en la factoría de Las Redes, en el Puerto de Santa María, en especial suelos de ocupación que pueden relacionarse con las labores conserveras, incluso en el caso de que los materiales del siglo V correspondan en su totalidad al relleno de fosas rituales funerarias. Ello ayudaría a explicar en términos estratigráficos y no necesariamente históricos el *hiatus* ocupacional de estos lugares y reforzaría la idea de un esfuerzo productivo notable en los años finales del siglo III a. C., impresión obtenida a partir del registro arqueológico correspondiente a los centros alfareros tanto de San Fernando como de la misma Cádiz y de los mapas de dispersión de los tipos anfóricos producidos en estos centros.

El panorama arqueológico gaditano se asimilaría de este modo a la situación que las fuentes literarias presentan para otras ciudades púnicas del mediodía peninsular, como Cartagena, donde la presencia de una masa de población artesana, de metales atesorados, de marismas saladas y de fábricas de salazón (Pol., *Hist.* 10.7..8 y 10.10.12) corresponde perfectamente con el papel logístico de la ciudad en el desarrollo de la guerra, papel que compartió con la misma Cádiz a lo largo de la contienda.

El fin de la guerra no significó el cese de este entramado productivo; tampoco la romanización inmediata de una industria que se aferró durante un siglo casi completo a las formas tradicionales de producción tanto de las salazones como de las ánforas destinadas a su transporte (García Vargas, 2004b). La arqueología de la actual San Fernando es prolija en establecimientos alfareros en actividad a lo largo del siglo II a. C., un siglo en el que las producciones anfóricas son aún las características de la última mitad de la centuria anterior, con un notable incremento de la fabricación de la forma T.9.1.1.1. y, hacia final de siglo el inicio de la producción de un envase que imitaba formas púnicas cartaginesas y que será el ánfora púnico-gaditano por excelencia del siglo I a. C.: la T.7.4.3.3. (Ramón Torres, 1995; 2004).

5. Roma, la “revolución gastronómica” y las salazones hispanas hasta las guerras sertorianas

La expansión imperial romana en Oriente y Occidente a partir de fines del siglo III a. C. provocó la llegada a Roma de un flujo de plata que “inundó” el centro de Italia, especialmente tras la segunda guerra púnica y la anexión de Asia y de Macedonia (Tchernia y Brunn, 1999: 13). Como había ocurrido en la época del imperio ateniense (*supra*), la abundancia de medios de pago se reflejó ahora en Roma en la emergencia del lujo y de la ostentación como conductas aristocráticas enfrentadas a la tradicional morigeración de las costumbres, también en la mesa (cf. Willkins, 2004: 21). Escipión el Africano es seguramente el representante por excelencia de esta clase de aristócratas que, a la manera oriental, gustaba de exteriorizar los signos materiales de la riqueza, entre los que el consumo de manjares preciados no era más que un síntoma de distinción social (*Ibidem*).

Una anécdota sobre el propio Escipión el Africano transmitida por Macrobio (*Sat.* 3.16.3) demuestra hasta qué punto esto fue así en la Italia de la primera mitad del siglo II a. C. El general romano, habiendo sido obsequiado con un esturión (*acupenser*) descomunal recién capturado en sus dominios y mostrándose dispuesto a compartirlo con los clientes que acudían de mañana a saludarlo, fue convencido por un tal Poncio de que desistiera del empeño, con el argumento de que el pez era un manjar para pocos hombres (*paucorum hominum*), frase ambigua con la que se subrayaba tanto la extensión de la clientela

del Africano, como la superior calidad del señor en relación a sus clientes. No resulta extraño, entonces, que en el círculo del mismo Escipión se encontrase el poeta Ennio, “padre” de la poesía latina, († 169 a. C.) y autor de una *Edyphagética* en cuyo fragmento conservado (ap. Apul., *Apol* 39.6 39) se citan bastantes peces preciados (cf. Mayer 1993: 15).

En este movimiento de “apertura gastronómica” de la Roma republicana, el “gusto elemental por los sabores de la comida” (cf. Bordieu, 1998: 1) se manifestó también en la mesa de los pobres bajo la forma de una “gastronomía popular” más atenta al abastecimiento calórico imprescindible que al lujo en las viandas y al refinamiento en la mesa. Una gastronomía popular en la que aún hoy resuenan los ecos de las palabras de Hegión, un personaje de Plauto, (*Capt.* 851) que, escandalizado por las pretensiones gastronómicas de su compañero Ergásilo, le pide que venga a su casa otro día con un estómago más cotidiano (*cottidiani victi ventrem ad me adferas*). Entre los manjares que solicitó Ergásilo de la hospitalidad, y de la bolsa, de Hegión, enumera el comediógrafo salazones de pescado (*horaem, scombrum, trygonem, cetum*) elaborados con especies como la caballa y, sobre todo el atún, cuyo precio durante la República fue siempre alto.

Consciente de la importancia de esta gastronomía de base calórica y costo económico moderado se muestra también Catón, un autor que se escandaliza ante el elevado precio que la salazón pónica había alcanzado en la Roma de su tiempo, no menos de trescientas dracmas por ánfora (*Ap. Polib.* 31.24), pero que al mismo tiempo aconseja a los propietarios agrícolas (*Agr.* 58) alimentar a los esclavos con salsas de pescado (*allex*); poco años antes, Plauto, conocedor como se ha visto de las calidades superiores de pescado salado, enfatiza el carácter plebeyo del consumo de peces inferiores haciendo que uno de sus personajes rebaje moralmente a otro con el sencillo recurso léxico de calificarlo de chucla pelada (*deglupta maena: Poen.* 13.12).

En Roma, como en la vieja Atenas, la “helenización” de las costumbres coincide, pues, con un aumento general de las condiciones de vida que explica fenómenos como la generalización del pan de trigo en la dieta (*Plan., Nat.* 18.11.28) o las referencias por primera vez al consumo de salazones de pescado no necesariamente lujosas (*supra*).

En Hispania, entre tanto, los dos primeros tercios del siglo II a. C. constituyen una época convulsa que se abre con la rebelión general de los pueblos indígenas en 197 a. C. y se cierra hacia 133 con el final de las guerras celtibéricas. En este período de tiempo, la República romana consigue consolidar a duras penas su dominio en las tierras conquistadas, ampliar hacia el oeste las fronteras provinciales y plantar los rudimentos de un sistema administrativo capaz de organizar la explotación de las dos provincias constituidas en 197 a. C. y de dirigir el esfuerzo bélico.

La fundación de las colonias latinas de *Carteia* (171 a. C.) y *Corduba* (153 a. C.), enlazadas por tierra a través de *Munda*, buscó garantizar el control logístico del valle del Guadalquivir y conectar la costa mediterránea con las zonas mineras de Sierra Morena a través de un itinerario bien defendido (Sillières, 2003: 31), ante la constatación de que la inseguridad de la primera mitad del siglo había vuelto muy irregulares los ingresos procedentes de la gestión de las minas o de las exacciones a los indígenas. El control efectivo de las minas de Sierra Morena no se alcanzará hasta el último tercio del siglo II a. C., después de la derrota definitiva de los lusitanos (139 a. C.) y los celtiberos (133 a. C.), lo que incidirá sin duda en el aumento de los ingresos públicos, y también tendrá repercusiones en la estructura social y el grado de monetización de la región (*infra*).

Estos años conflictivos parecen haber sido aprovechados por los gaditanos en la retaguardia de las operaciones bélicas para reconstruir su círculo económico, basado en los metales y las salazones, con un control creciente sobre los recursos pesqueros del Estrecho que no excluye el intercambio con Cartago hasta el momento de su destrucción, como prueban las ánforas africanas halladas en la ciudad (Perdigones Moreno y Muñoz Vicente, 1990: figs. 2 y 3). Sin embargo, determinados aspectos de la tipología anfórica gaditana sugieren que Cádiz supo aprovechar igualmente las oportunidades que ofrecía a la expansión comercial de sus productos la presencia de unas tropas y un personal administrativo romanos entre los que las formas gastronómicas de tipo “helenizante”, prestigiosas o no, estaban comenzando a tomar cuerpo.

Así, aunque esta primera mitad de siglo es de continuidad en los repertorios anfóricos gaditanos, se observa la introducción de dos novedades importantes: el sellado de los recipientes con símbolos religiosos púnicos, en lo que parece tanto una afirmación del control de la ciudad sobre la manufactura cerámica y/o conservera como de la propia identidad en un momento en el que la permanencia de los romanos en la Península era ya inevitable (cf. Chaves Tristán, 2000: 23 para una interpretación en esta línea “indigenista” o “iberizante” de las emisiones de la serie II y III de *Obulco* y III de *Castulo*), y la consolidación en las producciones cerámicas, no sólo anfóricas, de una línea de imitaciones de productos foráneos en paralelo con la tipología tradicional gadirita (Niveau de Villederay, 2004).

La romanización parcial del repertorio anfórico de los alfares gaditanos se documentada con claridad en yacimientos de la isla de San Fernando como Pery Junquera (Bustamante Álvarez *et alii*, 2004) o Torre Alta, (Sáez Romero, 2004), ambas en San Fernando, donde se ha podido seguir la evolución formal a lo largo del siglo II de las imitaciones de ánforas de tipología grecoitalica (Bustamante Álvarez y Martín-Arroyo Sánchez, 2004). El fenómeno, que continúa en la alfarería púnica gaditana una tradición imitadora de tipos foráneos que se remonta al menos al siglo VI a. C. (Ramón Torres, 2004: 89) ha sido interpretado como una evidencia de “romanización”, al menos parcial, de los mecanismos de distribución de los productos gadiritas tras la conquista (García Vargas, 2004b), como demuestran las ánforas del tipo T. 9.1.1.1. de Numancia, a pesar de que la estructura de la producción se mantuvo hasta el último tercio del siglo II a. C. dentro de los parámetros estructurales del mundo púnico occidental (García Vargas y Ferrer Albeada, 2001a).

Los tantas veces citados y estudiados sellos figurados de las ánforas fabricadas en Torre Alta (cf. Frutos Reyes y Muñoz Vicente, 1994; García Vargas, 1998 y Ramón Torres, 2004, para distintas interpretaciones del fenómeno) han encontrado por fin acomodo estratigráfico en una fecha, primera mitad del siglo II a. C. (Sáez Romero, 2004: 709), que es la que personalmente les habíamos atribuido cuando los datos estratigráficos no eran tan abundantes como hoy (García Vargas, 1998: 158), señalando, de este modo, hacia un mantenimiento de las estructuras tradicionales en la alfarería y, hemos de suponer, también en las formas de producción de las salazones gadiritas (García Vargas, 1996, 1998, 2004; García Vargas y Ferrer Albelda, 2001, 2005; Ferrer Albelda y García Vargas, 2001).

Todo ello nos habla quizás de una actuación tardía de Roma en cuanto a la reorganización territorial y la intervención económica en la Península. Al margen de actuaciones imprescindibles de tipo logístico y militar como las fundaciones de Itálica (205 a. C.), de *Graccurreis* (179 a. C.), o de *Carteia* (171 a. C.), la intervención efectiva de Roma en sus provincias más occidentales es relativamente tardía y corresponde a un momento, en torno a los decenios centrales del siglo, de cierto respiro militar y político de Roma tras una serie de años difíciles en todos los frentes, y no sólo en los de guerra.

El incremento de las emisiones oficiales de plata poco antes de la mitad del siglo II a. C. pone de manifiesto, en efecto, el final de los apuros económicos de la República y el desarrollo económico de la Italia romana tras la reapertura de las minas macedónicas en 158 a. C. Los gráficos realizados a partir de la presencia de isótopos de plomo en los hielos de Groenlandia (Rosman *et alii*, 1997: 3414) señalan hacia el año 143 a. C. como el del máximo esfuerzo en la minería y metalurgia de la plata de todo el período romano, incluyendo la época de Cayo y de Claudio, y en estos momentos parece probable que en Hispania sean las minas de Cartagena y no las de Sierra Morena (Domergue, 1990: 179), las que corran con la mayor parte del esfuerzo (Chaves Tristán, 1987-88: 635).

El año 138 a. C. se funda en la costa mediterránea levantina la colonia de *Valentia*, con los veteranos de las guerras lusitanas recién concluidas, ciudad que se constituye en un centro de consumo a la “romana” hasta donde llegarán las producciones anfóricas gaditanas destinadas al transporte de salazones de pescado, alguno de cuyos tipos (T. T.9.1.1.1.) alcanza una difusión relativamente importante en la ciudad (24% del total de las ánforas púnicas: Pascual Berlanga y Ribera Lacomba, 1998: 573). Este mismo año de 138 es el de la expedición militar de Décimo Junio Bruto, apodado por ello *el Galaico*, a la fachada atlántica peninsular. A partir de la fecha de esta incursión se constatan evidencias en el registro arqueológico de Lisboa de labores de fortificación y de la llegada más o menos regular del suministro de mercancías alimenticias (Pimenta, 2003: 258). Lisboa se constituye de este modo en la retaguardia logística de todas las operaciones en el interior del valle del Tajo (Fábiao, 2004: 70), donde centros militares como Cáceres el Viejo o Choes de Alpompe (*¿Moron?*) reciben seguramente de Lisboa el suministro de mercancías itálicas y púnicas gaditanas, entre las que al menos en esta última ciudad se han identificado imitaciones de ánforas grecoitalicas (Pimenta, 2005: 83-85).

Los ejemplos Numancia, Valencia o Lisboa ilustran un consumo de salazones gaditanas por parte de elementos de extracción militar y de identidad cultural romana o itálica cuyo suministro hemos de suponer fue atendido en principio a partir de mecanismos institucionales; con el paso del tiempo, la instalación de civiles romanos o muy romanizados en la región debió añadirse a la demanda de tipo militar hasta el punto de constituir un primer mercado civil de carácter romano para las salazones hispanas.

En cualquier mercado impersonal de tipo romano o romanizado, la presencia de moneda como base de los intercambios mercantiles era una condición indispensable de funcionamiento. Los tesoros de moneda oficial romana republicana estudiados por F. Chaves Tristán (1996) constatan un incremento notable de la tesaurización privada en los cotos mineros de la Ulterior en el período comprendido entre los años 132 y 112 a. C. Como se ha señalado repetidamente (Chaves Tristán y García Vargas, 1990, Chaves Tristán, 1996; Chaves Tristán, 2005a), la presencia de estas ocultaciones denuncia tanto la persistencia de un cierto grado de conflictividad social como la presencia de una capa social con capacidad adquisitiva suficiente para atesorar cantidades crecientes de riqueza en moneda oficial.

La distribución de los tesoros del siglo II a. C. señala hacia las regiones mineras de Sierra Morena Central como ámbito geográfico prioritario de las ocultaciones (Chaves Tristán, 1996: 599); ello hace pensar inevitablemente en la cita de Diodoro (5.36) en la que el autor siciliano afirma que tras la conquista romana una multitud de itálicos se abalanzó sobre las minas de *Iberia*, y permite quizás suponer que fue esta capa social de emigrantes itálicos de alguna manera relacionada con las explotaciones mineras la responsable de la mayor parte de las ocultaciones (Chaves Tristán, 1996: 599-600), en un momento, último tercio del siglo II a. C., en el que, tras el fin de las guerras lusitanas, Roma estaba sistematizando la explotación los filones argentíferos de las Subbéticas andaluzas (Domergue, 1990: 179ss, Mateo, 2001: 170.).

En este ambiente de prosperidad general propiciada por el aumento de la riqueza en circulación y los elementos de pago; de incremento de la presencia efectiva y permanente de elementos foráneos, fundamentalmente itálicos, en la Península; de reordenación de las estructuras territoriales (amojonamiento de vías como la de *Italia in Hispanias*, establecimiento de parcelarios romanos incluso en ciudades no romanas), y de fundación (*Narbo*) reordenación y crecimiento núcleos urbanos (*Ampurias, Tarraco, Hispalis*: Ariño Gil *et alii*, 2004: 118-124), se inserta un nuevo salto delante de la industria alfarera gaditana relacionada con el comercio de las salazones: la creación de un nuevo prototipo anfórico, el T.7.4.3.3., que desde ca. 130 a. C. hasta época de César al menos alcanzó una distribución comercial sólo comparable en términos geográficos a la documentada en el siglo V a.C. por las ánforas gadiritas del tipo 11.2.1.3 (cf. Lagóstena Barrios, 1996b).

Este tercio final del siglo II a. C. es también el que ve aparecer en la alfarería de la bahía de Cádiz una serie de novedades de carácter técnico que han sido interpretadas como una consecuencia de la presencia de elementos itálicos en la región (Bernal Casasola *et alii*: 629-631) y que apoya la idea de un nuevo impulso a la exportación de las salazones gaditanas; probablemente el impulso fue de tal dimensión que alcanzó desde entonces a movilizar los recursos del resto de las ciudades púnicas de la costa andaluza, incluidas *Málaga* y *Maenoba*, donde se conocen producciones antiguas de tipología tardopúnica (Ferrer Albelda y García Vargas, 2001), e incluso de otras que como *Lixus* (Caruana *et alii*, 2001: 181-185) o *Tingi* constituían la base del entramado comercial gaditano al otro lado del Estrecho.

En *Maenoba* (Cerro del Mar, Málaga) los testimonios más antiguos conocidos de producción de salazones, con evidencias de piletas (Arteaga Matute, 1985), se fechan hacia fines del siglo II o comienzos del I a. C., una fecha sugerida por las producciones anfóricas de los tipos T.12.1.1.1., T.4.3.3.3 que encuadran cronológicamente el momento de la producción en torno a 110-80 a. C (Ramon Torres, 1995: 80). En estas fechas finales del siglo II a. C. o muy iniciales del I se datan igualmente los restos más antiguos conocidos de actividad salazonera en establecimientos del Estrecho que, como *Bailo*, la futura *Baelo Claudia*, estarán llamadas a desempeñar un papel fundamental en la economía pesquera del sur de Hispania (Domergue, 1973: 39; Sillières, 1997: 187-188). Los recientes hallazgos de la propia ciudad de *Baelo* y de Punta Camarinal, en las cercanías de la misma (Arévalo González, Bernal Casasola y Álvarez Rojas, 2002; Roselló *et alii*, 2003; Morales Muñoz *et alii*, 2004, García Vargas *et alii*, e. p.) testimonian la importancia del atún aún en estos momentos, lo que puede indicar un comercio (en ánforas T.7.4.3.3. de tipología púnica) basado en productos de categoría superior, aunque determinados recipientes, como un ánfora grecoitalica gaditana de imitación fechada entre 110 y 100 a. C. y rellena con una mezcla de restos de atún, pequeños espáridos, carne de cerdo, de ovicápridos y de moluscos terrestres (Morales Muñoz, A., Roselló Izquierdo, E. y Bernal Casasola, D., 2004; Roselló *et alii*, 2003; Morales Muñoz *et alii*, 2004, García Vargas *et alii*, e. p.) hacen pensar en la exportación y consumo de productos menos selectos, pero no por ello menos nutritivos, en la línea de un consumo popular de salazones como el argumentado más arriba.

Recientemente se ha relacionado este consumo “penuario” de las salazones hispanas con las necesidades del abastecimiento militar (Pimenta, e. p.), pero ya se ha visto que los mercados civiles desarrollados a lo largo del último tercio de la centuria en torno a la monetización creciente de los intercambios debieron haber tenido una parte importante en ello, como demuestra la distribución geográfica de los productos hispanos contenidos en las ánforas T.7.4.3.3.3 (*supra*), una distribución que seguramente no puede explicarse recurriendo exclusivamente a las necesidades del abastecimiento de los ejércitos y que debe entenderse como la principal consecuencia de un crecimiento económico generalizado a partir de las últimas décadas del siglo II a. C.

6. Los últimos años de la República: las salazones de pescado y la emergencia económica de una provincia

La corriente de emigración itálica (cf. Marín Díaz, 1988) que alcanzó los territorios peninsulares a partir de las últimas décadas del siglo II a. C. (Chaves Tristán, 1996, 2005) habría sido, pues, la responsable de un cierto incremento del comercio “civil” de mercancías envasadas en ánforas y de otros

elementos cerámicos a ellas asociados. Hasta el último tercio del siglo II a. C., la mayoría de estas mercancías procede de Italia: vino campano envasado en ánforas Dressel 1 y servicios de mesa de la misma procedencia (campaniense A), vino y aceite adriático en ánforas Lamboglia 2 y brindisinas, aunque no faltan contenedores de otra procedencia: aceite tripolitano o salazones púnicas peninsulares, cuyo peso en el conjunto de la importaciones es sin duda menor que el representado por el comercio de productos italianos.

A partir fines de siglo, y con rotundidad después de las guerras sertorianas (*infra*), la presencia de los productos hispanos se incrementa de forma notable en los mercados locales, en consonancia con el afianzamiento de una clase de ciudadanos (y también de indígenas influyentes) aún carentes de peso político y social en Italia, pero que entre la muerte de Sertorio (72 a. C.) y la de César (44 a. C.) desempeñarán sin duda un importante papel entre las clientelas de los grandes hombres cuyos enfrentamientos marcarán, también en *Hispania*, la vida social y política de los últimos años de la República.

El final de las guerras sertorianas habría supuesto, por otra parte, el control definitivo de los cotos mineros de Sierra Morena por parte del gobierno central, potenciándose su explotación a partir de 72 a. C. y avanzándose notablemente en la monetización de la economía, en la romanización de las costumbres y en la alfabetización de la vida cotidiana, todo lo cual iba a tener una gran repercusión en la transformación de las formas de vida y de las estructuras sociales en la región (Chic García, e. p.).

Los niveles arqueológicos de la primera mitad del siglo I a.C. en diversos puntos del territorio peninsular testimonian esta urgencia de las mercancías de la Hispania meridional: en el valle del Guadalquivir los testimonios son aún escasos, pero un conjunto de ánforas inédito excavado recientemente en Itálica (Sevilla) muestra cómo hacia los decenios centrales del siglo I a. C. los tipos itálicos han sido ya completamente sustituidos por imitaciones locales de los mismos (Dressel 1A) o por tipos inspirados en el repertorio italiano (Haltern 70, LC 67); en la bahía de Algeciras, los inicios de la actividad cerámica en El Rinconcillo asociada a la exportación de los productos agrícolas y pesqueros (Dressel 1A, 1B-C, LC 67) se está fechando ahora en el segundo tercio del siglo I a. C. (Bernal Casasola y Jiménez-Camino Álvarez, 2004: 600); la producción en la bahía de Cádiz de nuevas morfología de origen itálico que imitan las Dressel 1 y otras formas ovoides del Tirreno o el Adriático (Dressel 1B-C, Haltern 70, ovoides gaditanas) debe remontar también a la primera mitad del siglo I a. C. (García Vargas, 2001b), antes, por tanto, de la obtención por parte de la ciudad del estatuto municipal romano en 48 a. C. (García Vargas, 1996, 1998).

Este nuevo fenómeno de imitación formal de los contenedores italianos en la bahía de Cádiz coincide con un cambio importante de los patrones de implantación territorial de la industria cerámica en la zona hacia formas de producción centradas en establecimientos dispersos en el ámbito rural, especialmente en el norte de la Bahía (García Vargas, 1996; Lagóstena Barrios, 1996), aunque no falten ejemplos de talleres urbanos en la propia ciudad de Cádiz (García Vargas, 1996, 1998). En uno de estos talleres, el excavado en la calle Gregorio Marañón de Cádiz, el empleo del alfabeto latino para escribir los nombres púnicos en los sellos de las ánforas (*BALT*, *BAR.T*, *AMIS.E*, *TAT*: Muñoz Vicente, 1990-91, fig. 17) denota un alto grado de alfabetización en lengua latina hacia los decenios centrales del siglo I a. C., así como un cambio estructural notable en las formas de producción y de distribución, con un mayor peso de la “iniciativa privada”; esto es lo que ponen también de manifiesto las primeras marcas latinas sobre ánforas del tipo Dressel 1 (Domergue, 1969) producidas en El Rinconcillo, en la bahía de Algeciras: *OP. M. LVCR*[], *OP L. CAES*[]... que remiten a su vez claramente a elementos itálicos de condición libre en el ámbito de la producción cerámica.

El incremento paulatino de la actividad económica en la primera mitad del siglo I a. C. y la presencia activa y creciente de los itálicos en la producción y el intercambio de las mercancías producidas en suelo hispano tiene su reflejo en la circulación monetaria regional, tanto en lo que se refiere a la procedencia y tipología de las emisiones monetales como al volumen total de numerario en circulación, según se desprende de un reciente trabajo de F. Chaves Tristán (2005a) que contribuye decisivamente a iluminar el carácter de un período histórico hasta ahora muy oscuro. La autora señala entre 80 y 50 a. C. una serie de fenómenos relevantes, entre los que destacamos: el incremento general de la amonedación local, en especial en cecas con producción más o menos permanente como las ibéricas de *Castulo* u *Obulco*, las púnicas de *Gades* y *Malaka* o la latina de *Carteia*; la producción generalizada de numerario de imitación con que afrontar la carencia de producción y distribución de moneda oficial romana; la romanización o latinización decidida de las emisiones a partir de las primeras décadas del siglo I a. C. en cecas que antes amonedaban con alfabeto e iconografía ibéricas y que pasan a emitir con alfabeto latino y una temática si no directamente inspirada en tipos romanos, al menos iconográficamente próxima a la de algunas emisiones metropolitanas, en lo que supone un movimiento de *imitatio* consciente de las formas romanas, seguramente impulsada por los elementos itálicos presentes en algunas de las ciudades. La entrada y circulación de moneda de plata oficial alcanza, por lo demás, entre 80 y 60 a. C. los porcentajes

más altos de esta primera mitad de siglo (Chaves Tristán, 2005a), señalando hacia una actividad económica importante no reflejada en las ocultaciones por el carácter pacífico del periodo.

La “romanización” de las iconografías y las leyendas del numerario hispano y el incremento indudable de la frecuencia de circulación tanto de la moneda de plata oficial como de la de bronce provincial coinciden, pues, con fenómenos similares y paralelos al monetario en otros elementos de cultura material que, como la cerámica, se relacionan directamente con la vida económica, delatando no sólo un cambio sustancial en las formas de producción sino, sobre todo, un salto cuantitativo importante con respecto al periodo anterior. Así, el mapa de distribución de las ánforas de la ulterior de tipología romana, incluidas las Dressel 1 de imitación de El Rinconcillo, en Algeciras, que pueden seguirse por el sello *S.C.G.* característico del taller, alcanza (Bernal Casasola y Jiménez-Camino Álvarez, 2004) el Mediterráneo central (Tharros, en Cerdeña) y el Egeo (Delos), lo que significa que por vez primera desde el siglo V a. C., las salazones hispanas llegan hasta mercados lejanos extrapeninsulares, aunque esta vez de la mano del comercio itálico. Ánforas gaditanas de tipología romana (ovoides gaditanas, sobre las cuales cfr. García Vargas, 1996, 1998) que prefiguran la posterior morfología de época imperial se documentan desde estos momentos en el norte de Europa (Martin-Kilcher, 2001: 768), donde están presentes en un contexto funerario prerromano de Luxemburgo (ca. 60 a. C.) o en el primer nivel romano de Ginebra, en Suiza (60-40 a. C.), y en Italia, donde comparecen en el estrato VI.3A de las excavaciones de N. Lamboglia (1955: figs. 15-16) en Ventimiglia (Liguria), en el que las Haltern 70 más antiguas se fechan hacia 70 a. C.

En la Península, las producciones anfóricas de la Ulterior con tipología romana antigua (cf. García Vargas, 2001) alcanzan altos índices de frecuencia relativos en yacimientos levantinos (Molina Vidal, 2001: 639-40), así como en los campamentos que se relacionan con las campañas de Cayo Julio César en Lusitania (61 a. C.), especialmente Mesas do Castelinho (Almodôvar) y Lomba do Canho (Arganil), topónimo que sirvió para bautizar (Fabião, 1989) el tipo LC 67, un contenedor emparentado morfológicamente con las ovoides gaditanas y las Haltern 70 contemporáneas cuyos centros de producción deben situarse en el valle del Guadalquivir, la bahía de Cádiz, la bahía de Algeciras y la costa mediterránea andaluza y fecharse desde el primer tercio del siglo I a. C. (Fabião, 2001; Molina Vidal, 2001).

Faltan casi completamente, sin embargo, los testimonios arqueológicos correspondientes a las fábricas de salazones béticas para la primera mitad del siglo I a. C. En estas fechan terminan su vida productiva las factorías del istmo de Cádiz, cuyo carácter industrial se ha negado últimamente (Expósito Álvarez, e. p.: 55). De cualquier modo, hemos de suponer una actividad importante en torno a Cádiz, *Carteia* y *Maenoba* (Torre del Mar, Málaga) si es que en estos lugares la producción anfórica puede considerarse un índice de la existencia de actividades económicas relacionadas con las mercancías envasadas en ellas. En *Maenoba*, un horno excavado en Toscanos, en la margen derecha del río Vélez, la contraria a la ocupada por la ciudad púnico-romana (Niemyer, 1979) ha sido identificado por O. Arteaga (com. pers.) como productor de ánforas LC 67. En *Baelo*, la abundancia relativa de ánforas procedentes de los talleres de El Rinconcillo ha permitido proponer (Bernal Casasola, 1999) un suministro desde *Carteia* de recipientes vacíos en los que envasar las conservas locales; éstas debieron seguir produciéndose a lo largo de la primera mitad del siglo I a. C. en las factorías que desde fines del siglo II a. C. se encontraban en actividad en el entorno del arroyo de las Villas y de la puerta de *Gades* (Arévalo González y Bernal Casasola, 1999: 116), antes de la construcción del “barrio industrial” de la ciudad excavado por P. Paris (Paris, 1917; Paris y Bonsor, 1918).

El estallido de las guerras civiles entre César y Pompeyo constituyó una inmejorable ocasión para que el primero de estos generales, tras dirigirse a *Hispania* y no a Oriente como su rival, se hiciese con las fuentes de aprovisionamiento de plata y bronce de la región meridional hispana, especialmente Cartagena y los cotos mineros de Sierra Morena (Chic García, e. p.). Ello explicaría su éxito posterior en la guerra, hasta el punto de que F. Chaves Tristán ha relacionado recientemente (2005b) la disponibilidad de metales por parte de César con el desenlace de la contienda a su favor, al estudiar las emisiones de guerra de cada uno de los contendientes y concluir que “el vencedor fue el que más numerario consiguió manejar directamente”. Y es que el 87’34% de la producción monetaria realizada entre 49 y 45 a. C. en la Península Ibérica estuvo en manos de los cesarianos (Chaves Tristán, 2005b: 237).

Diversos autores (cf. Pérez Macías, 1990; Chic García, e. p.) han señalado la emergencia a partir de César de la zona minera de Ríotinto, en el SO de la actual Andalucía, en detrimento de Sierra Morena, en la Andalucía centro-septentrional. Esta última región minera habría soportado la mayoría del esfuerzo exigido por las amonedaciones cesarianas en la Ulterior y muestra en la segunda mitad del siglo I a. C. claros síntomas de agotamiento, mientras que los análisis de los hielos árticos muestran que a partir de 50 a. C. es la región de Ríotinto el lugar de procedencia de la mayoría de la plata copelada en el Mediterráneo (Rosman *et alii*, 1997: fig. 4). La vitalidad económica mostrada por la provincia durante la primera mitad del siglo I a. C. se acelera ahora favorecida por la paz, el incipiente proceso de

colonización puesto en marcha por César y ejecutado por sus sucesores Antonio y Octavio y los ríos de plata que de nuevo fluyen desde las minas hispanas.

En las ciudades productoras de salazón, el momento es de cambio radical de las estructuras productivas, acompañado de un aumento exponencial de las cantidades producidas y exportadas. El muro de cierre de la gran factoría de salazones del solar del Teatro Andalucía, en Cádiz se data hacia 50 a. C. (Cobos Rodríguez *et alii*, 1995-1996: 116); una fecha en torno a los decenios centrales del siglo puede proponerse también para el establecimiento productivo de la calle Gregorio Marañón de Cádiz, próximo al Teatro Andalucía (García Vargas, 1998), alguno de cuyos sellos anfóricos se documenta en Lixus hacia 50-20 a. C. (Aranegui Gascó *et alii*, 2003: 377); no obstante, no está completamente claro si las estructuras del Gregorio Marañón se relacionan con un alfar, una factoría de salazones o ambas cosas. Lo que resulta cada vez más evidente es que en este momento la actividad productiva se concentra en Cádiz en torno al canal septentrional de la isla gaditana (Expósito Álvarez, 2005: 55), después del abandono del sector meridional de la isla, ocupado durante la primera mitad de siglo por las pretendidas factorías de salazón cuya actividad arrancaría desde el siglo V a. C. al menos. En *Malaka*, cuyo papel como puerto exportador de los metales de sierra Morena desde el siglo II a. C. ha sido señalado recientemente (Melchor Gil, 1999a y b), los escasos datos anteriores a época altoimperial documentan el surgimiento a partir de mediados del siglo I a. C. de una industria alfarera periurbana centrada en la producción de envases de tipología tardopúnica (T.7.4.3.3.) que debió surtir a los grandes saladeros de pescado que según el testimonio de Estrabón (3.4.2) se hallaban establecidos en la ciudad (Mora Serrano y Corrales Aguilar, 1997: 30; Ferrer Albelda y García Vargas, 2001: 562). También hacia los años centrales del siglo I a. C. puede fecharse la remodelación urbanística de la vertiente meridional del Cerro del Mar, la antigua *Maenoba* (Arteaga Matute, 1985), donde en los cortes 10 (1978) y 11 (1982) se excavó un muro que cortaba los estratos de los siglos III y II a. C. y que creaba una terraza artificial sobre la que se construyeron edificaciones interpretadas como almacenes portuarios relacionadas con las actividades metalúrgicas y con las labores de salazón del pescado (Ferrer Albelda y García Vargas, 2001: 561-62.).

De mediados del siglo I a. C. debe arrancar también la producción de salazones en las ciudades de la costa atlántica hispana al oeste de *Gades*: *Osonuba*, *Balsa*, *Baesuri*, en el Algarbe, *Brutobriga*, de ubicación disputada y *Salacia*, en el Alentejo, que cuenta además con series monetales más antiguas, amonedadas con temas marinos en este momento (Chaves Tristán y García Vargas, 1994: 391), emisiones entre las que se incluyen divisores de plomo que por su escaso valor han sido relacionadas, como el tosco numerario de bronce de estas cecas, con pequeños pagos relacionados con la actividad pesquera y conservera (Chaves Tristán y García Vargas, 1994: 392). En las proximidades de Loulé, aún en el Algarbe, una serie de establecimientos mal conocidos (Loulé Velho y Praia da Quarteira) podrían remontar su actividad salazonera al siglo I a. C., momento en que se fechan también las producciones anfóricas del recientemente descubierto alfar de Morraçal de Ajuda, en Peniche, al norte de Lisboa y tal vez el inicio de producción en los alfares de Abul, en el bajo Sado (Morais y Fabião, e. p.). El área de difusión de estas ánforas se centra actualmente en el atlántico portugués y en la costa gallega española. Es probable que hacia estas mismas fechas estuviesen ya en explotación algunos yacimientos mineros localizados en el actual territorio portugués, como los situados en el importante distrito de Alcutim, en Faro (Edmonson, 1987: 122), cuyo mineral pudo alcanzar la costa a través de *Mirtilis* (Mértola), o los situados en torno a *Sirpens*, que amonedada hacia mitad del siglo I a. C. con tipología similar a la anterior (creciente y delfín) y que se ubica como Mértola en las proximidades del Guadiana (Chaves Tristán y García Vargas, 1994: 387).

Más al interior, el puerto de *Hispalis* (Sevilla) se convierte ahora en un centro receptor de primer orden de mercancías envasadas en ánforas, como ponen de manifiesto recientes excavaciones arqueológicas en las que las primeras Dressel 7-11, anteriores a Augusto, y procedentes de la bahía de Algeciras y de la de Cádiz conviven con las últimas ánforas del tipo T.7.4.3.3. (J. Vázquez Paz, com. Pers.). Hacia 50-40 a. C. se constata también la llegada de estas producciones meridionales de tipología romana al puerto de la ciudad de Tarraco (Gebellí y Díaz, 2001), al resto de la costa levantina hispana (Molina Vidal, 2001), a Liguria (Lamboglia, 1955) incluso a diversos contextos civiles y militares del norte de la *Gallia* (Martin-Kilcher, 2001). Junto a las salazones, el vino y el aceite béticos parecen experimentar ahora un cierto impulso en su producción que puede seguirse gracias a la definición de los tipos anfóricos republicanos dedicados a su transporte (García Vargas, 2001; Fabião, 2001), especialmente las Haltern 70 antiguas y las ánforas de la clase 24, un contenedor cuya dedicación olearia ha sido recientemente propuesta por C. Fabião (2001: 669-670).

La conquista del reino de Egipto por Octaviano tras la batalla de *Actium* (31 a. C.) puso en manos del futuro Augusto las fabulosas riquezas acumuladas a lo largo de los siglos por los reyes del país. Suetonio (*Aug.* 41.1) nos dice que una vez amonedadas y esparcidas por el imperio estas riquezas, hubo una afluencia tal de medios de pago que, habiendo disminuido el interés del dinero, subió mucho el precio de las tierras. Esta afluencia de moneda rompía con el carácter deflacionista de la economía republicana

(Chic García, 1997: 29) y ponía las bases de un sistema económico expansivo que favorecía los intereses de los provinciales más activos, entre los que había que contar ahora con los colonos establecidos en las nuevas fundaciones augusteas de la Península Ibérica.

La mayoría de las deducciones coloniales augusteas en el sur de la Península se hicieron con veteranos de las legiones que habían participado en las guerras cántabras (29-19 a. C.), una contienda que puso en manos del príncipe las ricas minas de oro del noroeste hispano y que permitió a Roma el control de la costa atlántica septentrional de la Península. Las consecuencias económicas de todos estos hechos fueron decisivas para el desarrollo posterior de la economía del sur de *Hispania*: el avance de la urbanización incentivó la producción de bienes comercializables con destino a las ciudades, en las que una nueva política de construcciones contribuía a distribuir la riqueza amonedada; la conquista de los territorios atlánticos ponía en conexión las zonas más romanizadas de la Península Ibérica con la fachada occidental de la Galia y con el mar del Norte, lo que suponía la apertura de una ruta marítima hacia el Rin menos costosa que la continental para el abastecimiento de las tropas empeñadas primero en la conquista fallida de *Germania* y luego en la defensa del *limes* reno-danubiano; finalmente, las minas de oro peninsulares, cuya titularidad se reservó el emperador, contribuyeron notablemente al aumento de la riqueza amonedable y, con ello, al desarrollo económico en marcha (cf. Chic García, 1997: 29-30).

El vuelco atlántico o atlantista, en la línea de César, de la política de Augusto (Chic García, 1995); la pacificación del imperio, la construcción de infraestructuras de transporte tan decisivas como la *via Augusta* o *ad Oceanum*, y la organización a la romana de los territorios coloniales mediante su división en *pagi* y *fundi*, ocupados estos últimos por *villae* dedicadas a la exportación, en una política de romanización de las infraestructuras que alcanzó incluso a municipios como la propia *Gades* (Chic García, 2004: 79-81), fueron otros tantos factores que favorecieron el despegue económico de las provincias hispanas.

Los gráficos de hallazgos monetales en las principales monedas hispanas (Campo, 2004: figs. 15 y 17) muestran un aumento sostenido en la circulación de moneda divisionaria desde Augusto a Claudio, lo que coincide con el importante incremento del tráfico marítimo bético que reflejan los gráficos correspondientes a los naufragios para este mismo período (García Vargas 1998: fig. 80). Aunque no puede establecerse una relación directa entre ambos fenómenos, en especial porque el tráfico marítimo era sostenido por el numerario de plata y no por el divisionario, no es menos cierto que la distribución capilar de las mercancías producidas, consumidas y comercializadas por vía marítima no podía hacerse sin un mercado bien surtido de denominaciones menores que son las que garantizan la penetración en los mercados urbanos y también en buena medida en los de un campo en proceso de “urbanización” creciente.

Los gráficos de exportaciones béticas realizados a partir de los pecios muestran (García Vargas, 1998: fig. 81) que entre 27 a. C. y 50 d. C. son las salazones la mercancía bética más frecuente, por encima del aceite y seguramente de un vino cuyo rastro arqueológico no es siempre fácil de seguir a través de las ánforas. La situación que muestran los pecios es consistente con el impulso que a partir de Augusto recibe la industria cerámica sudhispana dedicada a la fabricación de contenedores para salazón cuyo número de instalaciones, en gran parte rurales, crece de manera exponencial tanto en Cádiz (García Vargas, 1998), como en el resto de la costa de la Bética (García Vargas, 2001), coincidiendo con la instalación de grandes saladeros como los del barrio “industrial” de *Baelo* (Arévalo González y Bernal Casasola, 1999).

La historia de las salazones béticas imperiales se inicia pues con un gran salto cuantitativo que corre parejo con un proceso paralelo de “democratización” y popularización de los consumos. Los hallazgos de ictiofauna en el interior de las ánforas o de las piletas de salazón béticas (Driesch, 1980; Amores *et alii*, e. p., cf. García Vargas *et alii*, e. p.) parecen sostener este aserto y señalan hacia cambios estructurales de importancia en la gestión de las capturas pesqueras, de su posterior transformación y de su difusión comercial. Pero este es ya un aspecto que se encuentra fuera de los límites cronológicos y conceptuales que nos impusimos al iniciar este trabajo (cf. García Vargas, 2005).

Bibliografía

Ammouretti, M. C. (1985). “La transformation des céréales dans les villes, un indicateur méconnu de la personnalité urbaine. L'exemple d'Athènes à l'époque classique”, en *L'origine de richesses dépensées dans la villa Antique, Actes du colloque d'Aix-en-Provence, 11-12 mai, 1984*, Aix-en-Provence.

Amores Carredano, F., García Vargas, E., González acuña, D. y Lozano-Francisco, C. (e. p.): “Una factoría altoimperial de salazones en *Hispalis* (Sevilla, España)”, en Bernal Casasola, Arévalo González y Lagóstena Barrios (eds.).

Aranegui Gascó, C., ed. (2001): *Lixus. Colonia fenicia y ciudad púnico-mauritana. Anotaciones sobre la ocupación medieval, Saguntum*, extra-4, Valencia.

Aranegui Gascó, C., Kbir Aloui, M. y Vives-Ferrándiz, J. (2003): “Alfares y producciones cerámicas en Mauritania Occidental. Balance y perspectivas”, en Bernal Casasola y Lagóstena Barrios (eds.), vol. 1: 363-378.

Arévalo González, A. (2004): “Sobre la presencia de moneda en los talleres alfareros de San Fernando (Cádiz)”, en Bernal y Lagóstena, eds., vol. 2: 515-526.

Arévalo González, A. y Bernal Casasola, D. (1999): “La factoría de salazones de *Baelo Claudia* (Tarifa, Cádiz). Balance historiográfico y novedades de la investigación”, *CuPAUAM*, 25.2: pp. 75-129.

Arévalo González, A., Bernal Casasola, D. y Álvarez Rojas, A. (2002): “La factoría de salazones de Baelo Claudia (Tarifa, Cádiz). Intervenciones arqueológicas”, *Revistas de Arqueología*, nº 251: 22-31.

Arévalo González, A., Bernal Casasola, D. y Torremocha Silva, A., eds. (2004): *Garum y salazones en el círculo del Estrecho, Catálogo de la Exposición de Algeciras: mayo-septiembre de 2004*, Algeciras.

Ariño Gil, E., Gurt Esparraguera, J. M^a. y Palet Martínez, J. (2004): *El pasado presente: arqueología de los paisajes de la Hispania romana*, Barcelona-Salamanca.

Arruda, A. M. (2000): “As cerâmicas de importação do castelo do Castro Marim no ambito do comércio ocidental dos séculos V a III a. C.”, *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos, Cádiz, 1995*, Cádiz: 727-736.

Arteaga Matute, O. (1985): “Excavaciones arqueológicas en el Cerro del Mar (campana de 1982): una aproximación preliminar al estudio estratigráfico de las ánforas púnicas y romanas del yacimiento”, *Noticario Arqueológico Hispano*, 23: 195-233.

Belén Deamos, M^a. y Fernández Miranda, M. (1978): “La Tiñosa (Lepe, Huelva)”, *Huelva arqueológica* 4: 197-299.

Bernal Casasola, D. (1999): “Transporte de envases vacíos en época romana : a propósito de dos talleres anfóricos béticos de época alto (El Rinconcillo, Algeciras, Cádiz) y bajoimperial (Los Matagallares, Salobreña, Granada)”, en *II Congreso de Arqueología Peninsular, Zamora, septiembre de 1996*, vol. 4: 359-364.

Bernal Casasola, D. (1994): “Ánforas de transporte y contenidos. A propósito de la problemática de algunos envases de los ss. II y I a. C.”, en *Las Industrias Alfareras y Conserveras Fenicio-Púnicas de la Bahía de Cádiz. XVI Encuentros de Historia y Arqueología, San Fernando (Cádiz), diciembre de 2000*, Córdoba: 101-129.

Bernal Casasola, D. y Lagóstena Barrios, L., eds. (2004): *Figlinae Baeticae. Talleres alfareros y producciones cerámicas en la Bética romana (ss.II a.C.-VII d.C.)*, BAR Int. S. 1266, 2. vols, Oxford.

Bernal Casasola, D. y Jiménez-Camino Álvarez, R. (2004): “El taller de El Rinconcillo en la Bahía de Algeciras. El factor itálico y la economía de exportación (ss. I a. C.–I d. C.) ”, en Bernal Casasola y Lagóstena Barrios, eds. : 589-606.

Bernal Casasola, D., Díaz Rodríguez, J.J., Expósito Álvarez, J., Sáez Romero, A. M., Lorenzo Martínez, L. y Sáez Espligares, A. (2003): *Arqueología y urbanismo. Avance de los hallazgos de época púnica y romana en las obras de la carretera de Camposoto (San Fernando, Cádiz)*, Cádiz.

Bernal Casasola, D., Díaz Rodríguez, J., Expósito Álvarez, J., Sáez Romero, A. M. Y Lorenzo Martínez, L. (2004): “Los hornos púnicos de *praefurnium* escalonado (ss. III y II a. C.). Reflexiones a raíz del alfar de La Milagrosa (San Fernando, Cádiz)”, en Bernal Casasola y Lagóstena Barrios (eds.). vol. 2: 607-620.”

Bernal Casasola, D., Lorenzo Martínez, L., Expósito Álvarez, J., Sáez Romero, A. y Díaz Rodríguez J. (2004): “Las innovaciones tecnológicas itálicas en la alfarería gadirita (s. II a. C.). A prop’psito del taller anfórico de la Avda. de Portugal”, en Bernal Casasola y Lagóstena Barrios, eds.: 621-632.

Bernal Casasola, D., Arévalo González, A. y Lagóstena Barrios, L., eds. (e. p.): *Cetariae 2005. Salsas y salazones de pescado en Occidente durante la Antigüedad*.

Blázquez Martínez, J. M^a (1992): *Fenicios, griegos y cartagineses en Occidente*, Madrid.

Bourdieu, P (1998 [1979]): *La distinción*, Madrid.

Bresson, A. (2000): *La cité marchande*, París.

Bueno, G. (1997): *El mito de la cultura*, Barcelona.

Bustamante Álvarez, M. y Martín-Arroyo Sánchez, D. (2004): “La producción de ánforas grecoitálicas de imitación y su evolución en la bahía gaditana durante el siglo II a. C.: los contextos de la Avenida de Pery Junquera en San Fernando (Cádiz)”, en Bernal Casasola y Lagóstena Barrios, L. (eds.), vol. 2: 441-446.

Campo, M. (1992): “Inicios de la amonedación en la Península Ibérica: los griegos en *Emporion* y *Rhode*”, en Chaves Tristán (ed.): 195-209.

Campo, M. (2004): “Roma i l’aprovisionament de moneda de bronze a Hispana durant l’Alt Imperi”, en *VIII Curs d’Història monetària d’Hispania: la moneda de l’Imperi romà, Barcelona, diciembre de 2004*: 49-69.

Caruana, I., Vives-Ferrándiz, J. y Hassini, H. (2001): “Estudio de los materiales cerámicos de la fase púnico-mauritana”, en Aranegui Gascó (ed.): 164-185.

Cavaliere, P. (2000): “Anfore puniche utilizzate come contenitori di pesce. Un esempio olbiese”, *MEFRA* 112: 67-72.

Chaves Tristán, F., ed. (1992): *Griegos en Occidente*, Sevilla.

Chaves Tristán, F. (1987-88): “Aspectos de la circulación monetaria de dos cuencas mineras andaluzas: Riotinto y Cástulo (Sierra Morena)”, *Habis* 18-19: 613-637.

Chaves Tristán, F. (1996): *Tesoros del Sur de Hispania. Conjuntos de denarios y objetos de plata durante los siglos II y I a.C.*, Sevilla.

Chaves Tristán, F. (2000): Moneda, territorio y administración. *Hispania Ulterior*: de los inicios de la conquista al final del siglo II a. C., en *Moneda i administració del territori, IV Curs d’Història monetària d’Hispania, Barcelona, diciembre de 2000*, Barcelona: 9-35.

Chaves Tristán, F. (2005a): “De la muerte de Sertorio al paso del Rubicón: Un período oscuro para la numismática del sur hispano”, *La moneda al final de la República: entre la tradició i la innovació*, Barcelona, 2005, pp. 106-109

Chaves Tristán, F. (2005b): “Guerra y moneda en la *Hispania del Bellum Civile*”, en Melchor Gil *et alii* (eds.): 207-245.

Chaves Tristán, F. y García Vargas, E. (1990): *Repostigli minieri della Ulterior (124-90 a. C.)*, *Corso Europeo Vita e Sopravvivenza delle Monete Antiche, Ravello (Sa.), ottobre 1990* (inédito).

Chaves Tristán, F. y García Vargas, E. (1991): “Reflexiones en torno al área comercial de *Gades*. Estudio económico y numismático”, *Gerión. Homenaje al doctor Michel Ponsich*: 139-168.

Chaves Tristán, F. y García Vargas, E. (1994): *Gadir* y el comercio atlántico a través de las cecas occidentales de la *Ulterior*”, *Arqueología en el Entorno del Bajo Guadiana, I Encuentro Internacional de Arqueología del Suroeste, Huelva-Niebla, febrero de 1993*, Sevilla: 375-392.

- Chaves Tristán, F. y García Fernández, F. J. (2004): *Moneta qua scripta. La moneda como soporte de escritura, Actas del III Encuentro Peninsular de Numismática Antigua, Osuna, febrero-marzo de 2003, Anejos de AEspA, XXXIII, Madrid.*
- Chic García, G. (2000): “La romanización de las ciudades púnicas: la aportación de la numismática”, en García_Bellido y Callegarin: 145-156.
- Chic García, G. (1995): “Roma y el Mar: del Mediterráneo al Atlántico”, en *Guerra, Exploraciones y Navegación: del Mundo Antiguo a la Edad Moderna, El Ferrol, julio de 1994*. La Coruña: 55-89.
- Chic García, G. (1997): *Historia económica de la Bética en la Época de Augusto*, Sevilla.
- Chic García, G. (2004): “La ordenación territorial en la bahía de Cádiz durante el alto Imperio romano”, en Chic García *et alii*: 71-105.
- Chic García, G., dir. (e. p.): *Economía de prestigio vs economía de mercado*, Sevilla.
- Chic García, G. (e. p.): “La zona minera de Riotinto en la época romana”, en J. A. Pérez Macías (ed.).
- Chic García, G., Frutos Reyes, G. de, Muñoz Vicente, A. y Padilla Monge, A., eds. (2004): *Gadir-Gades. Nueva perspectiva interdisciplinar*, Sevilla.
- Chic García, G. y García Vargas, E. (e. p.), “Atenas, la plata y la llamada decadencia de Tartessos”, en G. Chic (dir.).
- Cobos Rodríguez, L., Muñoz Vicente, A. y Perdigones Moreno, L. (1995-96): “Intervención arqueológica en el solar del antiguo Teatro Andalucía de Cádiz: la factoría de salazones y la representación del faro de Gades”, *Boletín del Museo de Cádiz*. 7: 115-132.
- Cunliffe, B. y Keay, S., eds. (1995): *Social Complexity and the Development of Towns in Iberia, From the Copper Age to the Second Century AD, Proceedings of the British Academy*, vol. 86, Oxford.
- Davidson, J. (1993): “Fish, sex and revolution in Athens”, *The Classical Quarterly, NS*, vol. 43, nº 1: 53-66.
- Davidson J. (1995): “*Opsophagia*. Revolutionary eating at Athens”, en Wilkins, Harvey y Davidson (eds.): 204-213.
- Davidson, J. (1997): *Courtesans and Fishcakes*, London.
- Delussu, F. y Wilkens, B. (2000): “Le conserve di pesce. Alcuni dati da contesti italiani”, *MEFRA*, 112 : 53-65.
- Domergue, Cl. (1969): “La campagne de fouilles 1966 à Bolonia (Cádiz)”, *X Congreso Nacional de Arqueología, Mahón, 1967*, Zaragoza: 442-466.
- Domergue, Cl. (1973): *Belo I. La stratigraphie. Publications de la Casa de Velásquez. Série archéologie*, fasc. 1., París.
- Domergue, Cl. (1990): *Les mines de la Peninsule Iberique dans l'Antiquité romaine*, Roma.
- Driesch, A. von den (1980): „Osteoarchaologische Auswertung von Garum-Resten des Cerro del Mar“, *Madriider Mitteilungen*, 21: 151-4.
- Edmonson, J. C. (1987): *Two Industries in Roman Lusitania: Mining and Garum Production, B.A.R. International Series, 362*, Oxford.
- Expósito Álvarez, J. A. (e. p.): “¿Dónde se encuentran las Cetariae de Gades? Revisión arqueológica y estado de la cuestión”, en Bernal Casasola *et alii* (eds.).

- Fabião, C. (1989): *Sobre as ânforas do acampamento romano da Lomba do Canho (Arganil, Cadernos da UNIARQ, 1, Lisboa.*
- Fabião, C. (2001): “Sobre as mais antigas ânforas romanas da Bética no occidente peninsular”, en *Ex Baetica Amphorae. Conservas, aceite y vino de la Bética en el Imperio Romano. Actas del Congreso Internacional. Écija y Sevilla, diciembre de 1998*, vol. II, pp. 665-682.
- Fabião, C. (2004): “Arqueología militar romana da Lusitania: textos e evidências materiais”, en Pérez-González e Illarregui (Coords.): 53-73.
- Ferrer Albelda, E. (e. p.) “Fenicios y cartagineses en el Tartessos postcolonial”, en *V Congreso de Historia de Carmona. La Carmona protohistórica, Carmona, octubre de 2005.*
- Ferrer Albelda, E. y García Vargas, E. (2001): “Producción y comercio de salazones y salsas de pescado de la costa malagueña en épocas púnica y romana republicana”, *Actas del II Congreso de Historia Antigua de Málaga: Comercio y comerciantes en la Historia Antigua de Málaga*, Málaga, 1998:547-571
- Frutos Reyes, G. de (1991): *Cartago y la política colonial: los casos norteafricano e hispano*, Écija.
- Frutos Reyes, G. de y Muñoz Vicente, A. (1994): Hornos púnicos de Torre Alta (San Fernando, Cádiz)”, *Arqueología en el Entorno del Bajo Guadiana, I Encuentro Internacional de Arqueología del Suroeste, Huelva-Niebla, febrero de 1993*, Sevilla: 393-414.
- Frutos Reyes, G. de y Muñoz Vicente, A. (1996): “La industria pesquera y conservera púnico-gaditana: Balance de la investigación. Nuevas perspectivas, *Spal* 5: 133-165.
- Frutos Reyes, G. de y Muñoz Vicente, A. (2004). “La incidencia antrópica del doblamiento desde Cádiz a Sancti Petri”, en G. Chic *et alii* (eds.): 9-69.
- Frutos Reyes, G. de, Chic García, G. y Berriatúa Hernández, N. (1988): “Las ánforas de la factoría prerromana de salazones de "Las Redes" (Puerto de Santa María, Cádiz)”, en *Actas del I Congreso Peninsular de Historia Antigua, Santiago de Compostela, 1986*, Santiago de Compostela: 295-306.
- Gallart, Th. W. (1985): *A Fisherman's Tale: an analysis of the potential productivity of fishing in the Ancient World, Miscellanea Graeca, 7*, Gante.
- García-bellido, M. P., Mora Rodríguez, G. y Sobral Centeno, R. J. (1999): *Rutas, ciudades y moneda en Hispania: Actas del II Encuentro Peninsular de Numismática Antigua, Porto, marzo de 1997, Anejos de AEspA, XXII*, Madrid.
- García-Bellido, M^a. P. y Callegarin, L. (2000): *Los cartagineses y la monetización del Mediterráneo Occidental. Actas de la Mesa Redonda: La Moneda Púnica en Hispania y en el Occidente Mediterráneo, Madrid, enero de 1999, Anejos de AEspA, XXII.*
- García Vargas, E. (1996): “La producción anfórica en la bahía de Cádiz durante la República como índice de romanización”, *Habis*, 27: 49-62.
- García Vargas, E. (1997): *Producción y comercio de salazones y salsas saladas de pescado en la Bahía de Cádiz en época romana*, Tesis Doctoral Inédita, Sevilla.
- García Vargas, E. (1998): *La producción de ánforas en la bahía de Cádiz en época romana (siglos II a. C. – V d. C.)*, Écija.
- García Vargas, E. (2001a): “Pesca, sal y salazones en las ciudades fenicio-púnicas del sur de Iberia”, en *de la mar y de la tierra. Producciones y productos fenicio-púnicos. XV Jornadas de Arqueología Fenicio-púnica, Ibiza, 2000*, Ibiza.

García Vargas, E. (2001b): “La producción de ánforas romanas en el Sur de *Hispania*. República y Alto Imperio”, en *Ex Baetica Amphorae. Conservas, aceite y vino de la Bética en el Imperio Romano. Actas del Congreso Internacional. Écija y Sevilla, diciembre de 1998*, vol. I: 57-174.

García Vargas, E. (2004a): “Las monedas y los peces: precios de las salazones e inflación en el mundo antiguo a través de los documentos escritos”, en Chaves Tristán y García Fernández (eds.): 405-412.

García Vargas, E. (2004b): “La romanización de la industria púnica de las salazones en el sur de *Hispania*”, en *Las Industrias Alfareras y Conserveras Fenicio-Púnicas de la Bahía de Cádiz. XVI Encuentros de Historia y Arqueología, San Fernando (Cádiz), diciembre de 2000*, Córdoba: 101-129.

García Vargas, E. (2005): “*Garum Sociorum*: pesca, salazones y comercio en los litorales gaditano y malacitano”, *Setúbal Arqueológica*, 13, *Homenagem a F. Mayet*: 21-34.

García Vargas, E. y Ferrer Albelda, E. (2001): “Las salazones de pescado de la *Gadir* púnica: estructuras de producción”, *Laverna*, 12: 21-41.

García Vargas, E. y Ferrer Albelda (2005): “Producción de salazones y salsas saladas de pescado en el litoral andaluz en época fenicio-púnica. Temas y problemas”, *Setúbal Arqueológica*, 13, *Homenagem a F. Mayet*: 13-20.

García Vargas, E., Roselló Izquierdo, E., Bernal Casasola, D. y Morales Muñiz, A. (e. p.) “Salazones y salsas de pescado en la Antigüedad. Un primer acercamiento a las evidencias de paleocontenidos y depósitos primarios en el ámbito europeo-mediterráneo”, en Bernal Casasola (ed.), *Excavaciones en la factoría de salazones de la calle San Nicolás (Algeciras)*.

Gebellí, P. y Díaz, M. (2001): “Importaciones béticas en *Tarraco* en contextos pre-augusteos”, en *Ex Baetica Amphorae. Conservas, aceite y vino de la Bética en el Imperio Romano. Actas del Congreso Internacional. Écija y Sevilla, diciembre de 1998*, vol. IV: 1349-1358..

Gómez Bellard, C., coord. (2003): *Ecohistoria del paisaje agrario : la agricultura fenicio-púnica en el Mediterráneo*, Valencia.

González Blanco, A. (1999) – Ps. Scimnos, en Mangas, J. y Plácido, D., *Testimonia Hispaniae Antiquae* IIb. *La Península Ibérica en época prerromana: de Éforo a Eustacio*. Madrid.

Gutiérrez López, J. M (2004): “La factoría Puerto 19 (El Puerto de Santa María, Cádiz) y la producción de salazones de *Gadir*”, en *Las Industrias Alfareras y Conserveras Fenicio-Púnicas de la Bahía de Cádiz. XVI Encuentros de Historia y Arqueología, San Fernando (Cádiz), diciembre de 2000*, Córdoba: 237-262.

Guzmán, F., Polaco, O. J. y Aguilar, F., eds. (2003): *Presencia de la arqueofauna en México. Libro memorias de la 12ª reunión del Grupo de Trabajo en Restos de Peces del Consejo Internacional para la Arqueozoología, Guadalajara, Jalisco, septiembre de 2003*, Guadalajara (Ja.).

Hong, S. Candelone, J.-P., Patterson, C. C., Boutron, C. F. (1994): “Greenland Ice Evidence of Hemispheric Lead Pollution Two Millenia Ago by Greek and Roman Civilizations”, *Science, New Series*, vol. 265, nº 5180 (sep. 23, 1994): 1841-1843.

Lamboglia, N. (1955): “Sulla cronologia delle anfore romane di età repubblicana (II-I secolo a. C.)”, *RSL*, XXI, 3-4: 247-250.

Lagóstena Barrios, L. (1996a). *Alfarería romana en la Bahía de Cádiz*, Cádiz.

Lagóstena Barrios, L. (1996b): “Explotación del salazón en la Bahía de Cádiz en la Antigüedad : Aportación al conocimiento de su evolución a través de la producción de las ánforas Mañá C”, *Florentia Iliberritana*, 7: 141-169.

Lagóstena Barrios, L. (2002): *La producción de salsas y conservas de pescado en la Hispania romana (II a. C. – VI d. C.)*, Barcelona.

- Lipinski, E. (1994): "L'amenagement des villes dans la terminologie phénico-púnique", *L'Africa romana. Atti del X Convengo di Studio, Oristano, 1992*, Sassari: 121-133.
- Lopez Castro, J.L. (1993) : "La producción fenicia occidental de salazón de pescado", *II Congreso Peninsular de Historia Antigua, Coimbra 1990*, Coimbra: 353 - 362.
- López Castro, J. L. (1995): *Hispania poema Los fenicios en la hispania romana 206 a c 96 dc.*, Barcelona.
- Marot, T. (1993): "Introducción a la numismática antigua: el ejemplo de la moneda en el mundo púnico", en *Numismática hispano-púnica: estado actual de la investigación, Actas de las VII Jornadas de Arqueología fenicio-púnica, Ibiza, 1992*, Ibiza.
- Luzón Nogué J. M^a. y Ruiz Mata, D. (1969-1970): "La factoría púnica de Aljaraque en la provincia de Huelva", *Noticario Arqueológico Hipánico*, XIII-XIV: 334-331.
- Marín Díaz, M^a. A. (1988): *Emigración, colonización y municipalización en la Hispania republicana*, Granada.
- Martín-Kilcher, St. (2001): "Amphores à saucés de poissons du sud de la péninsule ibérique dans les provinces septentrionales", en *Ex Baetica Amphorae. Conservas, aceite y vino de la Bética en el Imperio Romano. Actas del Congreso Internacional. Écija y Sevilla, diciembre de 1998*, vol. III, pp. 759-786.
- Mateo, A. (2001): *Observaciones sobre el régimen jurídico de la minería en tierras públicas en e'poca romana*, Santiago de Compostela.
- Mayer Olivé, M. (1993): "Hediphagetica", en *El arte de comer en Roma*, Mérida: 15-31.
- Melchor Gil, E. (1999): "Contactos comerciales entre el Alto Guadalquivir, el valle medio del Betis y la zona costera malagueña durante el Alto Imperio", *Habis*, 30: 253-269.
- Melchor Gil, E. (1999b): "La red viaria romana y la comercialización de los metales de Sierra Morena, en García-Bellido *et alii*, coords., 1999: 311-322.
- Melchor Gil, E., Mellado Rodríguez, J. y Rodríguez-Neila, J. F., eds. (2005): *Julio César y Corduba: tiempo y espacio en la campaña de Munda (49-45 a. C.). Actas del simposio de Córdoba, abril de 2003*, Córdoba.
- Molina, F.; Huertas C. y López Castro, J.L. (1983) - Hallazgos púnicos en El Majuelo. *Almuñécar. Arqueología e Historia II*. Granada: p. 275-289.
- Molina Vidal, J. (2001): "Las primeras exportaciones béticas en el Mediterráneo occidental", en *Ex Baetica Amphorae. Conservas, aceite y vino de la Bética en el Imperio Romano. Actas del Congreso Internacional. Écija y Sevilla, diciembre de 1998*, vol. II, pp. 637-645.
- Montero Fernández, A. I., Montero Fernández, R., Sáez Romero, A. M. y Díaz Rodríguez, J. J. (2004): "Innovaciones, transformaciones y pervivencias. Evolución alfarera gadirita durante los ss. III-II a.n.e.", en Bernal y Lagóstena, eds., vol. 2: 413-426.
- Mora Serrano B. y Corrales Aguilar, P. (1979): "Establecimientos salsarios y producciones anfóricas en los territorios malacitanos", en *Figlinae Malacitanae. La producción de cerámica romana en los territorios malacitanos*, Málaga: 27-59.
- Morais, R. y Fãbio, C. (e.p.): "Novas produções de fabrico lusitano: problemáticas e importancia económica", en Bernal Casasola *et alii*.
- Morales Muñiz, A. y Roselló Izquierdo, E. (1990): Puerto 6 (Cádiz): consideraciones osteométricas y culturales de la ictiofauna", *Huelva Arqueológica*, XII: 469-484.

- Morales Muñiz, A., Roselló Izquierdo, E., Bernal Casasola, D. y Arévalo Gonzáles, A. (2004): “Proceso de despiece de tñidos”, en Arévalo González, Bernal Casasola y Torremocha Silva (eds.): 176-177.
- Morales Muñiz, A., Roselló Izquierdo, E. y Bernal Casasola, D. (2004): “Restos de conservas de origen piscícola”, en Arévalo González, Bernal Casasola y Torremocha Silva (eds.): 177-178.
- Morillo, A., Cadiou, F. y Hourcade, D., coords. (2003): *Defensa y territorio en Hispania de los Escipiones a Augustok*, Universidad de León - Casa de Velásquez, Madrid.
- Muhs, B. P. (2005): *Tax receipts, tax payers and taxes in early Ptolemaic Thebes*, University of Chicago Oriental Institute Publications, vol. 126, Chicago.
- Muñoz Vicente, A. (1990-91): “Las cerámicas fenicio-púnicas de origen submarino del área de La Caleta (Cádiz)”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenenses*, 15: 287-333.
- Muñoz Vicente, A., Frutos Reyes, G. de y Berriatúa, N. (1988): “Contribución a los orígenes y difusión comercial de la industria pesquera y conservera gaditana a través de las recientes aportaciones de las factorías de salazones de la bahía de Cádiz”, *Actas del I Congreso Internacional "el Estrecho de Gibraltar"*, Ceuta, 1987, Madrid: 487-508.
- Muñoz Vicente, A. y Frutos Reyes, G. de (2004): El comercio de las salazones en época fenicia y púnica en la bahía de Cádiz. Estado actual de las investigaciones: los registros arqueológicos”, en *Las Industrias Alfareras y Conserveras Fenicio-Púnicas de la Bahía de Cádiz. XVI Encuentros de Historia y Arqueología, San Fernando (Cádiz), diciembre de 2000*, Córdoba: 131-167.
- Niemeyer, H. G. (1979): *Toscanos. Campañas de 1973 y 1976*, *Noticiario Arqueológico Hispano*, VI, Madrid.
- Niveau de Villedary y Mariñas, A. (2001): “La cerámica púnico-gaditana del s. III a. C. : el uso de la vajilla en el ámbito funerario y ritual de la Necrópolis”, *Estudios orientales*, 5-6, 2001: 267-297.
- Niveau de Villedary y Mariñas, A. (2004): “La producción de barniz púnico gaditano en el siglo II a. C.. Nuevos datos aportados por el conjunto alfarero de Pery Junquera (Asan Fernando, Cádiz)”, en Bernal Casasola y Lagóstena Barrios (eds.), vol. 2: 677-690.
- Niveau de Villedary y Mariñas, A. , Vallejo Sánchez, J. I. y Córdoba Alonso, J. I. (1999): “Factorías de salazones en la bahía Gaditana : economía y organización espacial”, *XXIV Congreso Nacional de Arqueología, Cartagena, 1997*, Vol. 3: 107-114
- Paris, P. (1917): “Promenade archéologique à Bolonia”, *Bulletin Hispanique*, XIX : 221-242.
- Paris, P. y Bonsor, G. (1918): “Exploration archéologique de Bolonia”, *Bulletin Hispanique*, XX : 77-127.
- Pascual Berlanga G. y Ribera Lacomba, A., “El consumo de productos béticos en *Valentia* y su entorno: la continuidad de una larga tradición”, en *Ex Baetica Amphorae. Conservas, aceite y vino de la Bética en el Imperio Romano. Actas del Congreso Internacional. Écija y Sevilla, 1998*, vol. II:565-576.
- Perdigones Moreno, L. y Muñoz Vicente, A (1990): “Excavaciones arqueológicas de urgencia en un solar de la calle Campos Elíseos. Extramuros de Cádiz” *Anuario Arquelógico de Andalucía 1987 vol III (AAA '87 III)*, Sevilla: 71-79.1
- Pérez-González; C. e Illarregui, E., Coords. (2004): *Arqueología militar romana en Europa*, Valladolid.
- Pérez Macías, J. A. (1990): *El Cerro del Moro (Nerva, Huelva). Campaña arqueol;metalúrgica de 1984*, Nerva.
- Pérez Macías, J. A. (1998): *Las minas de Huelva en la Antigüedad*, Huelva.
- Pérez Macías, J. A., ed. (e. p.) *Riotinto en época julio-claudia*, Huelva.

- Pimenta, J. (2003): “Contribuição para o estudo das ânforas do Castelo de São Jorge (Lisboa)”, *Revista Portuguesa de Arqueologia*, vol. 6, nº 2: 341-362.
- Pimenta, J. (2005): As ânforas romanas do Castelo de São Jorge, *Trabalhos de Arqueologia*, 41, Lisboa..
- Pimenta, J. (e. p.): “A importação de ânforas de preparados piscícolas em *Olisipo*” (séculos II-I a. C.)”, en Bernal Casasola *et alii* (eds.).
- Pliego Vázquez, R. (2003a): “Sobre el reclutamiento de mercenarios turdetanos: el campamento cartaginés de El Gandul (Alcalá de Guadaíra, Sevilla)”, *Habis*, 34: 39-56.
- Pliego Vázquez, R. (2003b): “Un campamento cartaginés en el siglo IV a. C. en El Gandul (Alcalá de Guadaíra, Sevilla)”, *RSF*, XXXI, 1: 31-67.
- Polanyi, K., Arensberg, C. M. y Pearson, H. W., eds. (1979 [1957]): *Comercio y mercado en los imperios antiguos*, Barcelona.
- Ramón Torres, J. (1995): *Las ánforas fenicio-púnicas del mediterráneo central y occidental*, Barcelona.
- Ramón Torres, J. (2004): “La producción anfórica gaditana en época fenicio-púnica”, en *Las Industrias Alfareras y Conserveras Fenicio-Púnicas de la Bahía de Cádiz. XVI Encuentros de Historia y Arqueología, San Fernando (Cádiz), diciembre de 2000*, Córdoba: 63-100.
- Roldán Gómez, L., Bendala Galán, M., Blázquez Pérez, J., Martínez Lillo, S. y Bernal Casasola, D. (2003): *Carteia II*, Sevilla.
- Roselló Izquierdo, E. (1989) “Informe preliminar de la ictiofauna de Santa Pola (Alicante)”, *Saguntum*, 22 439-445.
- Roselló Izquierdo, E., Morales Muñoz, A., Bernal Casasola, D., Arévalo González, A. (2003): “Salsas de pescado de la factoría romana de *Baelo Claudia* (Cádiz, España)”, en Guzmán *et alii* (eds.): 153-157.
- Rosman, K. J. R., Chisholm, W., Hong, S., Candelone, J.-P., y Boutron, C. F. (1997) “Lead from Carthaginian and Roman Spanish mines isotopically identified in Greenland ice dated from 600 b. C. to 300 A.D.”, *Environmental Science and Technology*, 31, nº 12: 3413-3416.
- Ruiz Gil, J. A. (1987): “sondeos arqueológicos de urgenciapara la delimitación de las factorías de salazones púnico-gadiritas en el puerto de Santa María (Cádiz)”, *Anuario arqueológico de Andalucía, 1986 vol. III (AAA '86 III)*, Sevilla.
- Ruiz Gil, J. A. (1991): “Cronología de las factorías de salazones púnicas de Cádiz”, *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, Roma 1987, Roma, vol. III: 1211-1214.
- Sáez Romero, A. M. (2004): “El alfar tardopúnico de Torre Alta. Resultados de las excavaciones de 2002-03”, en Bernal y Lagóstena (eds.): 699-711.
- Sáez Romero, A.M., Díaz Rodríguez, J.J. y Montero Fernández, R. (2004): “Acerca de un tipo de ánfora salazonera púnico-gadirita”, *Habis*, 35: 109-134.
- Shefton, B. B. (1995) “Greek Imports at the Extremities of the Mediterranean, West and East: Reflections on the Case of Iberia in the Fifth Century BC”, en Cunliffe y Keay (eds.): 127-155.
- Sillières, P. (1997): *Baelo Claudia, una ciudad romana de la Bética, Collection de la Casa de Velázquez*, nº 61, Madrid.
- Sillières, P. (2003) : “Voies romaines et contrôle de l’Hispanie à l’époque républicaine: l’exemple de l’Espagne Ulérieure”, en Morillo *et alii*, (coords.): 25-40.
- Tchernia, A. y Brun, J.-P. (1999): *Le vin romaine antique*, Grenoble.

Wilkins, J. y Hill, S. (1994): *Archestratus: The Life of Luxury, translated with introduction and commentary by John Wilkins and Shaun Hill*. Totnes.

Wilkins, J., Harvey, D., Dobson, M., eds. (1995): *Food in Antiquity*, Exeter.